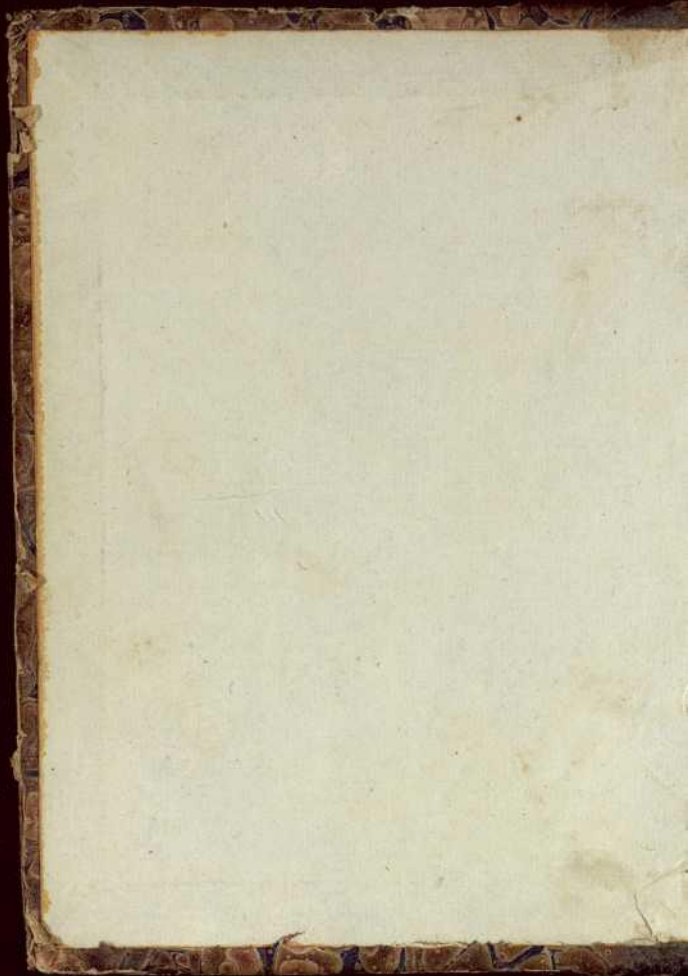
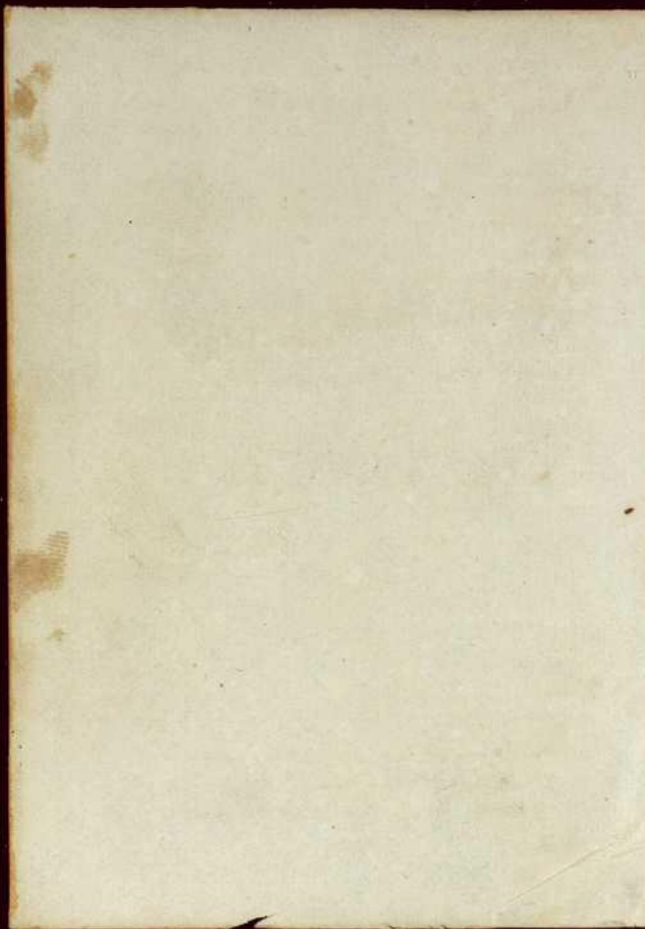


Ido Valencia
General





45



Los Misterios
DE LONDRES,

Los Misterios
DE LONDRES.

Tomo 15 de la Coleccion.

D-36
408

~~J420~~

DE FONDS

Fonds de la Collection

Los Misterios
DE LÓNDRES,

NOVELA DE

SIR FRANCISCO TROLOPP,

traducida

POR D. RAFAEL DE CARVAJAL.



VALENCIA: 1843.

LIBRERÍA DE CASIANO MARIANA,

calle de la Lonja de la Seda.



Los Editores

DE LOS

DE LOS

Es propiedad del Editor.



b.12511339

l.24889891

R.60.047

Imprenta de D. Benito Mounfort.

Continuacion del anterior.

NADA de cuanto acabamos de referir habia visto el caballero Angelo Bembo, porque así que se aseguró de que el marqués y su misterioso enfermo se hallaban ambos sosegados, subió al otro piso en que estaba su cuarto, y cargó á toda prisa sus pistolas, en lo cual gastó algunos minutos. Antes de salir quiso volver á observar, y se encontró al marqués en pie, y mirando con inquietud, al parecer, al enfermo, y se

detuvo porque conoció que se preparaba otra escena segun los síntomas que veía. Pero se le presentó en su imaginacion la pobre Ana próxima á sucumbir, le hirvió la sangre, y diciendo entre sí:—todavía tengo tiempo, bajó precipitadamente la escalera. Al llegar á los últimos escalones hubiera podido oír la ronca voz de Angus Mac-Farlane entonando la primera copla de la balada del laird de Killarvan, que era presagio seguro de que se iba á trabar de nuevo la lucha, mas Bembo iba ya por el pasillo que daba á la callejuela de Belgrave, y salia corriendo á la calle, únicamente para ver que una casualidad providencial habia hecho escusada por esta vez su intervencion.

Encontró abierta la puerta del *rincon del lord*, y un coche sin escudo de armas parado en ella, y en el momento que llegaba resuelto á entrar de grado ó por fuerza, vió que bajaban por la escalera dos lacayos trayendo en brazos al hombre de la capa con pieles que no daba señales de vida, que lo metieron en el coche con gran trabajo, subiendo con él uno de

ellos, y que al momento partieron los caballos á galope. En seguida cerraron la puerta del *rincon del lord*, y Bembo se volvió á toda prisa á su puesto, habiendo durado su ausencia algunos minutos.

Cuando entró en el corredor percibió de lejos al perro Lovely, que arañaba la puerta del cuarto de Rio-Santo dando aullidos lastimosos, y apoderándose un frio mortal de su corazon, llegó á ella de un brinco, y aplicó el oido. Reinaba dentro un absoluto silencio, mas Lovely seguia aullando y oliendo por las rendijas, y Bembo entonces la abrió, y vió que los cortos minutos de su ausencia habian bastado para hacer inútiles seis dias de continuo cuidado y vigilia, porque Rio-Santo habia al fin sucumbido.

Haria como un cuarto de hora que estaba Bembo, como antes dijimos, con la cabeza del marqués descansando sobre su pecho, y lleno del estupor y aturdimiento que escita las primeras sensaciones de dolor. Lovely continuaba echado al lado de su amo, mirándolo con el hocico apoyado en su hombro, mas de pronto se estreme-

ció fuertemente y ladró, y Bembo al mismo tiempo sintió en el reverso de su mano un aliento tibio, pero tan débil.... Rio-Santo vivía pues, y Bembo besó la mano que había recibido el aliento, y en poco estuvo que no desfalleciera de placer. Lovely, puesto en pie, seguía mirando á su amo, y gemía sordamente, y Bembo quiso sentir otra vez el aliento que tanto había consolado su alma, mas Rio-Santo ya no respiraba, y aunque le puso la mano sobre el corazón, no le latía tampoco.

—¡Vive, Dios mio! ¡vive sin duda! dijo entonces el jóven maltés apretándose la frente; pero necesita socorros.... y muy pronto.... ¿Mas cómo lo he de hacer?

En tan crítico momento no se atrevía Bembo á dejar entrar ningun criado en un sitio tan prohibido por el marqués, y trató de levantar á este, mas su emoción le quitaba las fuerzas, y conoció que no podía absolutamente trasladarlo á otra parte; mas, sin embargo, era preciso obrar. El noble y valiente Lovely estaba allí, y al fijar Bembo su vista en la

graciosa comba de sus robustas espaldas, no titubeó ya, y levantando al marqués como pudo, hizo descansar sus piernas sobre las ancas del animal, dividiendo así el peso para que fuera mas llevadero, y Lovely, como si comprendiera lo que de él se exigia, echó á andar muy despacio hácia la puerta. Así que estuvieron fuera, cerró Bembo con llave, llamó á los criados, y les dijo:

— Que vayan á buscar un médico, que venga inmediatamente.

Los criados estaban tan acostumbrados á ver cosas estrañas en aquella casa, que esto no los admiró, pero el diablo aprovechó la ocasion de mezclarse en el negocio, y uno de ellos contestó:

— El doctor Moore está en el gabinete de milord.

Bembo frunció las cejas porque hacia tiempo que tenia decidida aversion al doctor, pero como el momento era poco á propósito para vacilar, dispuso que llevaran al marqués á su gabinete, donde lo colocaron sobre un sofá. El doctor Moore se hallaba allí, en efecto, y al ver la

afectada indolencia con que estaba sentado en una silla bastante lejos de la mesa en que habia varios papeles desordenados, cualquier buen observador hubiera sospechado que acababa de hacer un indiscreto exámen de ellos, pero Bembo, con su turbacion, no era capáz de hacer estas observaciones. El doctor, al ver á Rio-Santo, que tenia todas las apariencias de un cadáver, ni manifestó interés ni sorpresa, sino que se levantó, acercó su silla al sofá, le tomó el pulso, le tocó en seguida suavemente al rededor del cuello, y le apretó un poco el estómago. Dirigiéndose en seguida á los criados que estaban allí con suma curiosidad por saber algo, les dijo:

— Salios fuera.

Los criados lo obedecieron, y dirigiéndose despues á Bembo, añadió:

— Caballero, á mí me gusta estar solo con mis enfermos.

— Pero, señor doctor.... replicó éste.

— Tened la bondad de no hacerme ninguna objecion. El tiempo urge.... y me parece que urge mucho.... Yo no hago nada sino estoy solo.

—Pero me direis al menos si hay alguna esperanza.... repuso Bembo.

—No lo diré, caballero.

Bembo tuvo un impulso de cólera, pero disimuló y se dirigió hácia la puerta, mas en el momento de salir lo llamó el doctor y le dijo:

—Caballero, hacedme el gusto de llevaros ese perro, porque me estorba.

Bembo agarró á Lovely por el collar y lo sacó fuera, á pesar de la resistencia del noble animal que miraba alternativamente á su amo y al doctor aullando tristemente como si desconfiara, cerró la puerta al salir, y Moore le echó el cerrojo por dentro, y se quedó solo con Rio-Santo desmayado.

VII.

La gerga ó la geringouza.

EL doctor Moore, así que dejó cerrada la puerta, se volvió á sentar al lado de Rio-Santo que continuaba sin movimiento; le levantó el brazo, lo soltó de repente, y viéndolo caer como muerto, apareció en sus pálidos labios una estraña sonrisa de orgullo satisfecho. Entonces se levantó y estuvo un rato mirándolo con atencion, hasta que dijo por fin:

— ¡Es un hermoso hombre! cuando ese

corazon late, tienen gran poder esos ojos tristes ahora y apagados.... ¡Cuántas veces me ha hecho bajar los míos!

En seguida arrugó las cejas, y siguió diciendo con enojo y disgusto:

— ¡Cuántas veces he tenido que ceder á su inflexible voluntad!... A no ser por él seria yo superior á todos mis compañeros, y empuñaria ese temible y misterioso centro que podria conmovier el mundo con mas facilidad que la máquina de Arquimedes, puesto que domina á Lóndres, y Lóndres es el centro del universo.... Sí.... este hombre es un estorbo para mí, me intimida su superioridad, y parezco débil y sin fuerza á su lado.... Y ahora está aquí á merced de mi voluntad cuando lo aborrezco, y me tiraniza.... y para deshacerme de él no tengo mas que dejarlo morir.

Volvió otra vez á sonreirse, y á manifestarse en su fisonomía un siniestro orgullo, y continuó diciendo irónicamente:

— Sí, milord, estais aquí á mi disposicion. Ya no hay Dios para vos.... yo soy el único que os puede salvar... mi elemen-

cia es vuestra sola esperanza.... ¡Mi clemencia, ah!....

Y se encogió de hombros, y dando unos cuantos paseos por la sala, se paró al fin delante del cuerpo exánime del marqués, diciendo:

— ¡Me parece que lo voy á dejar morir!

Y añadió en seguida con acritud:

— ¿Lo ois, marqués? Yo os condeno á muerte; y mañana se reunirán los lores de la noche para elegir nuevo jefe. Edward, el supuesto Edward, el padre de la gran familia, no será ya mas que un cadáver.... Su Honor, como le apellidan los individuos de nuestra inmensa asociacion, tendrá tres pies de tierra sobre su cuerpo.... ¡Y cómo pesan tres pies de tierra, milord! añadió burlándose. ¡Oh! sin embargo, la casa de Edward y compañía no morirá por eso, puede estar tranquilo vuestra señoría: tendrá siempre su escritorio en Cornhill, sus mil almacenes en Lóndres, y sus inválidos en los *purgatorios* de White-Chapel y San Gil.... Antes de vos habia ya un Edward, milord, y despues de vos habrá otro Edward.... Edward es el nombre so-

berano, como lo era en Egipto el de Faraon... Mañana, señor marqués, llevaré yo el nombre de Edward.... ¿Qué os parece?

Al decir esto puso la mano sobre el corazón de Rio-Santo, y conociendo que tenía mucha vida, se contrajo terriblemente su fisonomía, y dijo:— Yo creí que era mas completa la estrangulacion.... Si quiero que muera, será preciso matarlo.... Va á volver en sí dentro de diez minutos.... El cuerpo de este hombre está hecho á prueba, como su alma.... Muy pronto he cantado el triunfo.... y ahora ¿qué haré?... Tambien me doy demasiada prisa á temer! ahora deja ya de latir su corazón.... Organización tan perfecta como la suya no muere sin resistir mucho.... pero al fin y al cabo muere.

En seguida sacó un estuche de tafiote, y escogió una lanceta, rasgó la manga de la bata del marqués, é hizo ademán de irlo á sangrar, mas al momento la volvió á guardar, diciendo:

— ¡Pues no era menester mas!

Despues se sentó apoyando la cabeza en las manos, y añadió:

— No sé verdaderamente si salvarlo, ó dejarlo morir. Su mano es muy fuerte.... ¿quién sabe si la mia podría dirigir el carro de nuestra fortuna? ¿Y al fin y al cabo, el principal objeto no es engrandecer?

Otra vez volvió á sacar la lanceta, y la limpió con gran cuidado en un pañito á propósito, en el cual dejó una mancha rojiza, como de un corrosivo muy activo, y animándose extraordinariamente, continuó así:

— ¡Y su secreto, que es lo principal! ¡quién me lo dirá si muere!... Este hombre no aspira á lo mismo que nosotros.... su objeto es mucho mas grande.... tan grande, que mi imaginacion no puede ni aun soñar lo que él se propone.... Y lo conseguirá ciertamente, porque ningun obstáculo lo arredra.... ¡Yo he de saber lo que intenta!... añadió entusiasmándose cada vez mas; el fin que nosotros nos proponemos, para él no es mas que un medio; nosotros nos paramos en el punto de que él parte, buscamos el oro por enriquecernos, mas él.... ¡Vive Dios, que he de saber su pensamiento!... ¿Y en sabiendo-

lo, no estará su vida tan á merced mia, como lo está hoy?... ¿Y no me queda tiempo?... ¡Qué locura la mia! iba á hacer lo que los niños que rompen los juguetes para ver lo que tienen dentro.... El secreto de un muerto está demasiado guardado: aplazamos vuestra sentencia, marqués.

En esto llamaron con suavidad á la puerta del gabinete, y el doctor sin responder dijo entre dientes:

— ¡Qué apuro tienen!

— ¡En nombre del cielo, señor doctor, compadeceos de mi aflicción! dijo Bembo desde afuera; espero saber....

— ¡Aguardad un poco! contestó friamente el médico.

— ¡Una palabra por piedad, una sola palabra, señor! repuso aquel.

Moore esta vez en lugar de replicarle se dirigió muy despacio á la parte del gabinete opuesta á la puerta en que estaba Bembo, y metió una llave en la cerradura de un armario, diciendo para sí:

— Ya se me olvidaba el objeto de mi visita: el chasco será que el marqués no me pueda aguardar un instante.

Antes de pasar adelante, creemos del caso que sepa el lector, que la numerosa asociacion á que se da en Lóndres el nombre de la *familia* (1) está constituida pocas ó menos como la sociedad que atormenta, con la sola diferencia de que está mejor constituida: en ella hay tambien público, gentry y nobleza, pueblo, caballeros y senado; y tiene además un gefe, que es rey, con toda la grandeza de la palabra, un rey como Enrique VIII, ó Isabel, de triste memoria, un rey verdadero. Usan de un language convenido, á que no sabemos si se puede dar el innoble nombre de gerga, ó geringonza, pues aunque sus individuos es verdad que son ladrones, no hay señores mas encopetados que los bandidos de Lóndres. De todos modos el language de la *familia* se parece poquísimo al de Shakspeare, y nuestro erudito cofrade y compatriota Mr. Carlos Dickens nos ha

1 Trazamos aquí la historia de esta singular sociedad, que la policía inglesa conoce exactamente, y cuya existencia es tan sabida, que no necesita probarse.

dado numerosas muestras de él en varios de sus chistosos cuentos. De algun tiempo á esta parte abundan tanto sus términos en nuestras revistas de moda, que parecen esclusivamente redactadas por revoltosos y estafadores (*swell mods*, y *swindlees*) (1). Por lo tanto, los personajes de estos escritores de buen tono no dicen ya, por egemplo, ¿quién pagará el gasto? sino ¿quién tapará el agujero? un penny para ellos es un *meg*, seis pences un *tanuan*, un chelin un *bob*, una corona un *bull*, un soberano un *coutter*; y así en las demás monedas, como si fueran *smashers* (2) juramentados desde su niñez.

Para decir que su héroe ha tenido que acudir al tribunal de los deudores insolventes tienen varias perífrasis á cual mas graciosa: este ha pasado por la legía blanca: aquel ha estado en la fábrica de jabon de Portugal: el otro ha puesto sobre el

1 Caballeros de industria de diversas clases.

2 Espendedores de monedas falsas asalariados por los que las fabrican.

hombre viejo una camisa blanca. Y todo esto porque el tribunal está situado en una calle llamada de Portugal, y acaso tambien porque todos los que concurren á él, incluso los jueces y abogados, tienen verdadera necesidad de un lavatorio general. Todo esto creemos que le parecerá al lector muy interesante, sin embargo de que ninguna precision habia de referirle tales curiosidades, ó *rasgos de costumbres*, como dirian al otro lado del estrecho: lo que le importa saber es lo que sigue:

La familia se compone de tres cuerpos constituidos: los *hombres*, los *caballeros*, y los *lores*; dejando á un lado los grados particulares de una gerarquía sin igual en el mundo, y en extremo complicada: siendo muy probable que el título de caballero se adquiriera por los hechos y circunstancias, así como el de lord está sujeto á una especie de eleccion. Superior á todos es el *padre*, á quien los *hombres* llaman Su Honor, ó designan con un nombre propio que se puede cambiar, pero no por la muerte del que lo obtiene, sino

que se reforma de tiempo en tiempo, como un vestido antiguo. Por el año de 1811 Su Honor se llamaba Jack, si bien algunos creyeron, no sin fundamento, que era el mismo Jack Ketch el verdugo de Lóndres: algun tiempo despues empezó la dinastía de los Edwards; y últimamente podemos afirmar, por noticias positivas, que el *padre de la familia* en 1844 pertenece al estado eclesiástico, que posee mas de un millon de francos de renta de beneficios, y que sus súbditos le llaman el *Mandarin*. Fuera de esto se halla casado con una señora de respeto, tiene escelente porte, y es la edificacion del clero británico.

En 185.... Edward reinaba mas bien por derecho de conquista, que por el de nacimiento, y bajo su reinado hizo espantosos progresos la *familia*, pues se robaron diamantes de la corona, y se perpetraron latrocinios heróicos. Todo Lóndres quiso entonces cerrar sus bolsillos con dos llaves; pero como aquí la industria, y hablamos de la industria honrada y que puede practicar un lord-corre-

gidor, consiste en sacar lo que contiene el bolsillo ageno para llenar el propio, se conoció desde luego que semejante medida habia de producir una deplorable estancacion en el comercio. En aquella época tambien se descubrió que Su Honor era un hombre cortado de muy diversa manera que sus súbditos, y el consejo privado de los lores de la noche averiguó un dia, con grande asombro, que su gefe no era ladron, y en verdad que si este descubrimiento hubiera trascendido de los lores á los caballeros, y de estos á la escoria del ejército, hubiera ocasionado un disgusto general en la familia. San Gil se hubiera conmovido hasta en sus cimientos de fango; la callejuela de Field se hubiera estremecido con todos sus andrajos robados; los gatos desollados de Barbican (1) hubieran manifestado su estrañeza de algun modo original que no conocemos, y el pez rojo de la taberna de Shakspeare (2)

1. Al otro lado de Smitfield hay una calle donde casi no viven mas que italianos que venden carne de gato, sin que nadie lo impida.

2. La muestra existe en la taberna de la

hubiera movido su cola rellena de paja con la energía que exigía el asunto. Pero los lores de la noche eran bandidos prudentes, y tenían además una poderosa razón para callar, y era que en resumidas cuentas nada sabían; Rio-Santo era para ellos un problema; veían que entre ellos y él mediaba un abismo; que su vista alcanzaba mas y se dirigía á punto mas alto; que su ambicion no era sórdida; ¿á dónde, pues, se dirigía? Evidentemente no se apoyaba en ellos sino como en un baston de viage, y no eran en sus manos sino instrumentos vulgares: ¿cuál podria ser el objeto de su carrera? nadie lo podia saber, ni aun presumir, porque el marqués conservaba á grande altura la mano con que empuñaba el cetro, y entre él y el primero de sus súbditos mediaban todas las gradas del trono: no tenia favorito ni

calle de Wych no lejos del Strand. Antes de 1840 habia en ella un globo de vidrio que contenia un pájaro y un pez: ahora ha desaparecido el globo, pero en la botillería de Shakspeare existe aun, y existirá mientras haya en Lóndres policía y ladrones.

confidente; y aunque como príncipe no debiera haber sido mas que el primero entre sus iguales, su poderosa voluntad y las circunstancias le habian dado un poder exorbitante: de rey constitucional se habia hecho absoluto: sin que esto lo tengamos por una rareza.

Algunos de los patricios de la familia se cuidaban muy poco de todo esto: percibian magníficos dividendos, y este era su objeto principal; pero otros, y entre ellos el ciego Tyrrel, no se contentaban con el hecho consumado. A este le habia dado Rio-Santo varias comisiones de confianza, que le habian trastornado el seso á fuerza de querer penetrar su objeto, siendo una de ellas la de entregar mensualmente cien libras esterlinas al honorable Brian de Lancaster, que seguramente no era miembro de la asociacion, y que por otra parte habia tenido Tyrrel motivo para convenirse de que no lo conocia personalmente el marqués. Continuamente atormentaba su imaginacion para adivinar el motivo de esta munificencia, pero siempre sin fruto, porque las ideas de Rio-Santo estaban

fuera del círculo ordinario de las del ciego para que pudiera descubrir la verdad.

En cuanto el doctor Moore, tenia mas medios de penetrar el misterio, porque aunque el marqués no le dispensaba su intimidad, ni cosa que se le pareciera, tenia con él, al menos, frecuentes relaciones, que favorecian sus deseos. El doctor tenia entrada franca en Irish-House, era médico de Mary Trevor, y entre el marqués y su tenebroso senado desempeñaba el papel de nuestros ministros entre el rey y las cámaras, con la sola diferencia de que no lo queria; pero tambien se han visto ministros que no querian mucho á su rey, y reyes que han despreciado de veras á sus ministros: cosa que es sumamente constitucional. Mas á pesar de todos estos puntos de contacto, el marqués era un libro cerrado para Moore, hombre astuto, osado, pero frio en su osadía, sufrido, altanero, pero sabiendo disimular su altivéz bajo la máscara de la obediencia, positivo hasta no mas, dispuesto al fraude y al engaño, avaro mas bien que ambicioso, y capaz de engolfarse en los crímenes sin conmovirse

ni apasionarse. En nada se parecia al ciego Tyrrel, cuyo carácter malvado tambien, é igualmente altanero, lo movian otros resortes, y marchaba por otro camino, pero semejante á él en los deseos de averiguar los secretos de Rio-Santo, lo hacia en una esfera mezquina y harto baja, midiéndolo por su propia medida, é impiéndole además penetrarlos su sistemático desprecio de los hombres en general.

Cuando asoma una nave en el mar por el horizonte, y el marinero que está de vigía grita, ¡vela! los pasajeros todos se esfuerzan por ver, y no ven nada; cuando la nave se acerca, los marineros cuentan los palos y designan su porte, y los pasajeros miran mas y mas, y no lo descubren porque miran muy bajo, y para alcanzar á lo lejos es preciso mirar á las nubes. Moore, pues, miraba muy bajo: se figuraba que Rio-Santo, cuya superioridad forzosamente reconocia, se dirigia á un objeto distinto y mayor que el suyo, pero de la misma naturaleza; y envidiaba este objeto sin saber el que era, y lo queria conocer para valerse de él, para hacerlo suyo,

para aprovecharse solo de una cosa que entreveía magnífica y capaz de satisfacer la codicia humana. Y calculaba, que una vez descubierto el secreto, tendría tiempo de descartar á Rio-Santo por los medios tan fáciles como seguros que tiene siempre á su disposición un hombre tan entendido como era él.

Seis dias hacia que Moore venia diariamente á Irish-House, pero en valde, porque el marqués no se dejaba ver, y su inquieto deseo habia singularmente aumentado, porque debia ser muy grave el motivo de esta conducta, y encubrir tal vez estraños manejos. Mas no perdió del todo el tiempo el doctor en estos seis dias, pues introducido en el gabinete de Rio-Santo, olió, registró y escudriñó, violó el secreto de cartas cerradas, y pasó sus curiosos ojos por mas papeles de los que se necesitarian para formar veinte volúmenes; pero la mayor parte de ellos estaban escritos en una cifra, cuya clave no conocia, otros con caracteres chinos, y alguno que otro en el idioma vulgar del Affghanistan. Nada pudo pues averiguar

y estuvo á pique de perder la cabeza. ¿Tendria acaso el marqués caprichos literarios? ¿se ocuparia en compilar una historia de viages? ¿ó tendria por ventura en China y las Indias agentes encargados de desocupar por cuenta suya los bolsillos de aquellos inocentes habitantes? esto último le pareció lo mas razonable, y Rio-Santo ganó mucho con ello en su estimacion.

Como aunque se posean muchas lenguas puede no conocerse á fondo el chino vulgar, y el patué popular del Sindy, todo lo que Moore pudo descubrir en los muchos papeles que recorrió someramente, fue, que agentes desconocidos fomentaban en el celeste imperio una gran fermentacion contra el comercio del opio, uno de los mas lucrativos tráficos de la compañía de las Indias, y que en las montañas del Affghanistan se habian manifestado síntomas de rebelion, sin poder discernir si esto hacia relacion á la historia antigua, ó á la contemporánea. Por un momento creyó si la idea de Rio-Santo seria alguna empresa comercial gigantesca, pero desis-

tió al punto de esta creencia con la simple reflexion de que no habia comercio mas lucrativo que el robo puro y neto, puesto que á decir verdad, el comercio no es otra cosa que un robo adulterado, y vino por fin á tener que confesarse á sí mismo, que sabia poco mas ó menos lo que antes, aunque para consolarse pensó que en las gabetas cerradas con llave encontraria algo mas importante, lo cual no era imposible.

Así que concluyó el registro de los papeles, hizo tambien el del gabinete, y al pronto creyó que habia dado con el secreto. Esto fue la mañana misma del dia en que se vuelve á anudar el hilo de nuestra historia, y el lector recordará, que en el momento en que el caballero Angelo Bembo, de vuelta de su caballeresca expedicion, abria la puerta para acudir al socorro de Rio-Santo, se acababa de mover el adorno que guarnecia el retrato, y abrirse un postigo, por donde asomó la cabeza del doctor Moore, volviéndose á cerrar al instante. Este postigo daba al gabinete del marqués, y Moore al abrirlo creyó haber dado con un armario secreto,

mas lo que en su lugar vió lo admiró mucho, y le inspiró deseos de ver mas. En la cerradura, pues, de este postigo era donde estaba introduciendo la llave en el instante en que la voz conmovida del caballero Bembo le pedia una palabra de consuelo, y ya vimos cómo le contestó. Dió, pues, vuelta á la llave, abrió con suavidad el postigo, y asomó la cabeza con la misma timidez que la vez primera, como temiendo encontrarse con alguna amenazadora aparicion, pero el cuarto del laird estaba en silencio y vacío, y sin oirse siquiera la respiracion de Angus Mac-Farlane porque lo impedian las cortinas corridas de la cama.

Moore, antes de entrar, miró á Rio-Santo, que permanecia inmóvil en la misma postura, y la primera cosa que se presentó á su vista fue el retrato colgado entre las dos ventanas, que le causó estraña admiracion. Lo miró varias veces á todas luces cerrando antes los ojos un instante, y volviéndolos á abrir para ver mejor, y á medida que lo hacia se iba gradualmente desvaneciendo cierta duda que se notaba

en su semblante , hasta que por último exclamó:

— ¡Ella es, sí, no hay duda! y á fe mía que estaba muy capaz de trastornar la cabeza al heredero presuntivo de un conde.... ¡era ciertamente una criatura encantadora!... ¡Oh, sí, no hay duda ninguna, es ella sin disputa!.... ¿Pero qué hace aquí el retrato de la condesa de White-Manor?



VIII.

El delirio.

EL doctor Moore permaneció algunos segundos suspenso delante de aquel precioso retrato de muger vestido á la moda de 1815, que hemos descrito en uno de los anteriores capítulos, y en seguida dijo para sí:

— ¡Yo no puedo comprender esto!... ¡el retrato de la condesa de White-Manor aquí!... ¡en casa de Rio-Santo!... ¡Parece cosa de fábula ó encantamiento!... ¡Y habia yo de renunciar á ello!... Me acuerdo

de aquel gracioso lunar que tenia entre el labio y el hoyuelo de la barba, que nuestros poetas dirian lo habian formado las Gracias.... Rio-Santo solo hace un año que está aquí.... de consiguiente no puede ser.... Vaya, me pierdo en congeturas.

Dió una media vuelta, y mirando distraidamente por una de las ventanas, se echó á reir de corazon contra su costumbre, y exclamó de pronto:

— ¡Já! ¡Já! ¡Já! la casualidad á veces hace prodigios!... sino me engaño, allí al otro lado de la callejuela está la casita de White-Manor.... el *rincon del lord*.... ¡Já! ¡Já! El conde era un magnífico seductor en sus tiempos.... pero apostaría yo que este retrato no se hizo para su señoría.... y si hubiera podido penetrar esta pared con la vista, ¡já! já.... ¡es cosa muy graciosa por vida mia!... creo que no hubiera pecado allí enfrente tanto y de tan buena gana.

Miró otra vez el retrato, hizo un gesto de admiracion, y se dirigió á la cama diciendo entre sí:

— Este es un secreto, y seguramente

de la mayor importancia.... pero yo no esperaba semejante cosa, ¿ni qué me importa tampoco? ¡Oh! ¡oh! añadió deteniéndose de repente á dos pasos de la cama: ¡aquí hay un hombre!

Acababa en efecto de ver una pierna delgada y velluda, que tenia Angus MacFarlane casi toda descubierta fuera de la ropa.

El doctor habia entrado creyendo con tanta seguridad que iba á descubrir cosas estrañas y portentosas, que se quedó cortado y como sobrecogido de un miedo pueril, y le asaltaron mil ideas fantásticas, una vez exaltado su cerebro, y á pesar de ser por lo comun tan positivo y tan frio, se vió trasportado de repente á un mundo ideal é imaginario. ¿Quién será el hombre que está en esa cama? fue lo primero que le ocurrió, pues aunque esto no tenia, al parecer, conexion directa con el objeto de sus pesquisas, se creia junto al hilo de una trama que lo podia conducir al centro de ella, y así fue que se acercó de puntillas, y levantó con mucho tiento una cortina, figurándose que detrás de ella iba á

encontrar la revelacion del secreto que ansiaba tanto.

Angus estaba atravesado en la cama, de espaldas á la luz, y tocando con la frente en la pared, porque su cabeza, sin duda, abrasada por la calentura, habia ido á buscar allí algun fresco, y de consiguiente Moore no le pudo ver la cara, mas sobreponiéndose á su curiosidad el instinto de médico, cogió su brazo, le tomó el pulso, y dijo al momento:

— ¡Calentura cerebral! ¡congestion inminente! ¿Por qué me han llamado tan tarde?

Esta frase que se le escapó en fuerza de la costumbre, le hizo sonreir, y añadió:

— Pero nadie me ha llamado, ni tengo mision de salvar á este hombre.... ¡Pero le quisiera ver la cara!...

Y apoyando una rodilla en la cama se suspendió de modo que llegó con su cabeza á la pared, y pudo ver las facciones de Angus, que estuvo examinando un instante, hasta que dijo con indiferencia:

— ¡No conozco á este hombre! Mas recapacitando un poco en seguida, añadió:

— ¡Pero sí por cierto!... ahora lo recuerdo.... ¡Qué demudado está!.... Este es aquel buen paisano de Escocia, que Rio-Santo nos trajo un dia al consejo.... El laird de.... no me acuerdo de su nombre.... ya caigo, el laird que tiene nuestro castillo de Crewe.... ¿Y cómo diablos lo deja morir aquí Rio-Santo como un perro?... Mas á mí poco me importa.

Entonces se volvió á poner en pie, y meneando la cabeza con aire de mal humor, dijo:

— ¡Qué loco soy! por mas que me empeñe no he de encontrar nada! El secreto de este diablo de marqués está en su cabeza, y no mas.... Por aquí y por allá he encontrado algunas hojas sueltas del libro de su conciencia.... lo bastante para saber que su vida ha sido un continuo misterio, pero casi nada para descubrir ni un ápice de su secreto, porque este lo lleva consigo.

En este momento oyó la voz lejana de Bembo que hablaba otra vez desde fuera de la puerta exterior del gabinete, mas ni aun volvió la cara, sino que dijo riéndose:

— ¡Qué prisa tiene el señorito! Vamos, lo mejor será contentarlo: veamos cómo está el marqués de Rio-Santo.

Volvióse en seguida para pasar al gabinete, mas el laird hizo un movimiento, y como todo escitaba su curiosidad, se detuvo, y vió que Angus, dando una vuelta en la cama con mucho trabajo, dijo muy despacio:

— ¡Me abrasa el agua! ¡Cómo hierve este rio de Lóndres! ¡debe nacer sin duda en el infierno!... La luna de Lóndres es roja.... por todas partes hay fuego.

Moore al oirlo, con una especie de despecho propio de su facultad, espresion débil de la perversa tendencia, que por una de las muchas contradicciones de nuestra naturaleza, no habian podido extinguir las grandes pasiones y criminales instintos que abrigaba su alma murmuró:

— ¡Este hombre se salvará por sí solo! La calentura es un mal lunático y caprichoso, que arrecia cuando se ataca, y se estingue por sí misma en dejándola.... Este salvage ha pasado ya evidentemente

el período mortal.... Mañana estará convaléciente.

—¡Oh! si yo estuviera en mis hermosas aguas del Solway, repuso Angus, no se me escaparía el bribon... pero este Támesis es tan caliente y pesado como plomo derretido.... ¡Ah! ¡ah!.... las dos desaparecen.... ¡ambas á dos! ¡ambas á dos!

Ocultó despues su cara entre las almohadas, y Moore lo estuvo pulsando por espacio de un minuto, al cabo del cual dijo:

—Una crisis.... dos cuando mas, y está fuera del paso.... Estos miserables escoceses tienen tan rajado el cerebro, que la calentura se va por las hendiduras.

—Ensilla mi caballo negro, Duncan de Leed; dijo el laird, cuya voz tomó cuerpo repentinamente; voy á pasar el rio, y marchó á Lóndres á matarlo.

—¿A matar á quien? repuso involuntariamente el doctor.

Angus se habia incorporado, y sus ojos hundidos dentro de sus órbitas se fijaban espantosamente en Moore, pero como

este era médico , no le causó ninguna impresión.

— ¡Mi caballo! ¡mi caballo! volvió á decir el laird, poniendo los pies sobre la alfombra.

Moore le dejó hacer lo que quisiera, y Angus movió los ojos á uno y otro lado, como para buscar una idea que habia desaparecido de su cerebro, y dijo muy despacio:

— La voz de los sueños no puede mentir, y la ley de Dios es sangre por sangre, por mas que digan los clérigos.... Me parece que he visto esta noche á Fergus O-Breane.... Mucho trabajo me costará matarlo á causa de mi hermana Mary.... pero lo mataré.

Al decir esto puso las manos con grande familiaridad sobre los hombros del doctor á quien no gustó mucho esta confianza, y continuó diciendo como horrorizado:

— Ya te lo he dicho, querido Duncan, cuando lo veo por la segunda vista, tiene en medio del pecho un agujero redondo y ensangrentado.... precisamente del tamaño necesario para que entre la muerte....

¡Lo veo sentado sobre el césped, á la orilla de un camino, y muy pálido, Duncan!... pálido como mi hermano Mac-Nab, asesinado por él.... Y la voz de los sueños entonces penetra la oscuridad, y me dice al oído: ¡tu sangre, la sangre de tus venas debe vengar á Mac-Nab!

— ¡Mac-Nab! dijo el doctor entre sí; este apellido no me es desconocido.... Me parece.... ¡ah! sí.... aquel practicante que encontré á la cabecera de Perceval.... Stephen Mac-Nab.... Pero estos escoceses no tienen nombre propio.... Tal vez habrá un clan entero que se llame así.

— ¿Quién me acaba de decir que se llama Rio-Santo? exclamó el laird repentinamente; ¿el marqués de Rio-Santo?... ¿Has sido tú, Duncan?

Moore se sobresaltó al oír el nombre del marqués, escuchó con mas ansiedad, y con el objeto de enlazar las ideas del enfermo, y ver si podia conseguir alguna revelacion menos oscura, le dijo:

— No he sido yo.

— ¡Rio-Santo! volvió á decir Angus; ensilla mi caballo, Duncan de Leed, ensi-

lla mi buen caballo Billy.... voy á pasar la frontera para obedecer á la voz de los sueños.

—Y si Vuestro Honor no lo lleva á mal, replicó el doctor, procurando imitar el acento y maneras de Escocia; ¿ese Rio-Santo es algun asesino?

Angus retiró sus dos manos de los hombros del médico, y mirándolo fijamente con desconfianza, le contestó:

—Mienten los que eso dicen.... ¿Qué quereis de mí?

Los ojos del laird estaban naturales, y denotaban hallarse en un momento lúcido, mas fue de corta duracion, porque amenazó en seguida al doctor con el puño cerrado, prorumpió en una exclamacion colérica, y se volvió á acostar tiritando de frio, tapándose con la ropa de la cama, y diciendo al mismo tiempo:

—¡Qué fria está el agua del Támesis! La luna en Lóndres es verde, y su luz hiela.... ¡Oh! ¡si estuviera yo en el Sol-way!

Y en seguida entonó con voz soñolienta:

Como de Mayo las rosas
 Vivian en Glen-Girvan
 Dos doncellas candorosas,
 Hijas puras y amorosas
 Del laird de Killarwan.

— ¡Dos hijas! añadió sollozando muy bajo, ¡dos hijas!... ¡Dios no quiere que se tengan dos hijas!...

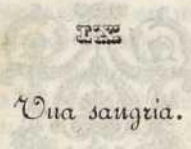
El doctor se inclinó cuanto pudo para oír mejor, pero la voz de Angus se fue apagando y se convirtió en un murmullo imperceptible; mas se aguardó, no obstante, algunos momentos, hasta que dándose de pronto un golpe en la frente, exclamó:

— ¡Y el marqués!... A fe mia que ha tenido tiempo para morirse dos ó tres veces.... Es menester darse prisa.

En el instante mismo en que echaba á andar precipitadamente para ir al gabinete en que estaba el marqués, sintió una mano que le apretó el brazo, y volvió la cara con viveza, creyendo que era el caballero Bembo, que lo acababa de sorprender. Mas apenas vió al que era, dió un grito de espanto, se bamboleó como si fuera á desfa-

llecer, se aturdió extraordinariamente, y aunque quiso hablar no lo dejó su lengua pegada á las fauces, hasta que al fin se le doblaron las piernas, y cayó al suelo de rodillas en actitud suplicante.





Una sangría.

EL que habia sorprendido al doctor Moore en flagrante delito de espionaje, el que lo sorprendia habiendo abandonado un enfermo confiado á su ciencia, y un enfermo moribundo, para ocuparse en una especie de visita domiciliaria, inescusable en todo pais, pero con especialidad en Inglaterra, donde toda casa habitada es un santuario, que ni la ley misma puede violar, no era el caballero Angelo Bembo,

ni ninguno de la familia del marqués. Era el hombre cuya vigilancia no podia temer razonablemente, era el mismo enfermo que se le habia confiado, era por fin el moribundo marqués de Rio-Santo en persona.

Moore era seguramente maestro consumado en la ciencia médica, y merecia bien el primer lugar que le daba la opinion pública entre los individuos del colegio real, para no haber conocido desde luego que era muy probable y aun casi cierta la vuelta del marqués de Rio-Santo á la vida si se le prestaban los ausilios necesarios, pero lo que le asombraba, y no pudo caber nunca en su imaginacion, era aquella resurreccion repentina y espontánea sin ayuda de nadie. Muy superficialmente sin duda examinó el estado del marqués, cuando siendo tan hábil y prudente de ordinario, habia procedido con la ligereza de un niño en una circunstancia en que esponia nada menos que su vida. Lo que le habia parecido un desmayo producido por una estrangulacion casi completa, no era mas que la parálisis pasagera que suele atacar

en sana salud á las personas de cabeza muy trabajada, que asusta mucho, y que repetida muchas veces causa el trastorno de la razon, ó la muerte, pero cuyos primeros ataques se combaten fácilmente con las nociones mas elementales de la clínica.

Al marqués le habia acometido una congestion cerebral, cuyas influencias aun sufría, pero aquella inmovilidad, aquel aspecto cadavérico en que lo vimos, era un fenómeno nervioso, complicado tal vez con accidentes sanguíneos, cuya descripcion técnica no podria menos de fastidiar á nuestras bellas lectoras. Todo escritor se complace con la lisonjera idea de que un gran número de hermosas lee diariamente sus obras. Aquella muerte, pues, era solo aparente, era un letargo, y el doctor conoció al primer golpe de vista su situacion, y se humilló. Se vió á merced de Rio-Santo, no solo por el espionage en que lo habia sorprendido, y por el desleal abandono en que lo habia dejado moribundo, sino porque habria oido cuanto él habia hablado, pues Moore sabia, y ni aun le pasaba por la imaginacion dudarle, que

el letargo y sus variedades dejan el completo ejercicio de los sentidos y la reflexion. Pero al mismo tiempo que se humillaba confundido, le asaltó la idea de una resolucion estrema: el marqués tenia marcados en su semblante todos los síntomas de la desorganizacion parcial del cerebro, cuyos efectos son tan diversos; y Moore conoció que estaba privado del uso de la palabra. Su lengua seguia paralizada, despues de haber vuelto á la vida las otras partes de su cuerpo; y aunque en ciertos intervalos pensaba, y su inteligencia era completa, los músculos de la lengua estaban momentáneamente heridos de muerte. Este accidente era de los que diariamente ocurren, y el doctor habia visto muchos casos, y estaba seguro del hecho, de consiguiente, tan á merced suya estaba Rio-Santo ahora privado de la palabra, y debilitado por el rudo ataque, cuyas señales conservaba, como antes cuando se hallaba tendido en el sofá; y por esto la idea que le ocurrió fue matarlo.

El marqués estaba en pie delante de él con el cuello tieso y la vista fija, parecien-

do mas que otra cosa una fantasma; la resistencia que podia oponer habia de ser muy débil, y fácil de contrarrestar, y ningun obstáculo de afuera podia temerse, porque no podia llamar; mas como si hubiera querido confirmar los pronósticos del doctor, se levantó la manga de la bata, y le señaló con un gesto espresivo la vena hinchada del brazo.

—¿Quereis que os sangre, milord? le preguntó Moore.

Rio-Santo hizo un signo afirmativo muy enérgico, mas el doctor titubeó, y hubo de dejar traslucir en su fisonomía algo de su secreto pensamiento, porque aquel miró como por instinto hácia la cama para ver si podia esperar algun socorro por aquella parte, pues la debilidad del cuerpo abate las fuerzas del alma. Afortunadamente no advirtió Moore esta mirada de angustia que hubiera resuelto sus dudas, y por otra parte el marqués, por mas debilitadas que estuvieran sus fuerzas, no podia permanecer mucho tiempo en aquel estado conociendo el peligro, pues tenia en sí mismo un caudal de sangre fria y valor que no habian

podido agotar tan repetidas pruebas. Reunió, pues, toda su energía y entereza, y cuando Moore todavía vacilaba, sintió que le apretaban otra vez el brazo con una presión lenta y constante, que era como una orden dada con firmeza y sin cólera, y sacó su estuche y lo abrió.

No debemos, en verdad, dejar de llamar la atención sobre el poder fascinador de la fisonomía del marqués, que estaba en aquel momento inmóvil, denotando una completa insensibilidad: sus músculos tirantes no tenían movimiento, sus ojos empañados se querían salir de sus órbitas, su boca contraída no podía abrirse, y todas sus facciones, en fin, tenían la estúpida apariencia de una apoplejía inminente. Pero la voluntad es también un poder que fascina, y que cuando es superior y fuerte, basta con que se manifieste de algún modo para vencer cualquiera resistencia dudosa; además de que el hábito solo del respeto y la obediencia es también bastante para contrarrestar un mal deseo de rebelión. El recuerdo de la noble y severa fisonomía del marqués vino á ocupar la imaginación de

Moore, y en vez de la figura estúpida que tenia delante, vió brillar aquellos ojos como de costumbre, y amenazar y mandar, y obedió al punto. Una vez dado este primer paso de sumision forzada, no pudo ya retroceder, y olvidó toda idea de rebelion, avergonzándose de haberla concebido.

Así que acercó la lanceta al brazo de Rio-Santo, lo detuvo éste y se la quitó de la mano para acercarla á los ojos, pero los tenia tan ofuscados por la sangre agolpada á las pupilas que no pudo ver lo que deseaba. El doctor, aunque nada podia deducir del semblante petrificado del marqués, comprendió esta accion al momento y tembló, porque era la mas evidente prueba de que nada se le habia escapado de lo sucedido, ni aun la mancha rojiza que habia dejado en el paño la lanceta cuando la limpió antes. Levantó, pues, la manga de su frac sin hablar palabra, y se picó en su propio brazo: Rio-Santo hizo un signo de aprobacion, y presentándole su mano le abrió una vena el doctor, de que saltó un fuerte chorro de sangre. Al cabo de un breve instante dijo Rio-Santo:

— ¡Basta!

Moore se estremeció al oír esta voz, y levantó sus ojos, que tenia fijos en la sangre, para mirarlo con un verdadero terror, porque hablaba ya, y volvía á ser el hombre temible ante quien todos sucumbían. El mismo acababa de romper la cadena que tenia sujeto á aquel hombre, cuya impotencia miraba poco antes con desprecio, y le acababa de volver la facultad de mandar, y el poder de castigar. Muy avezado, sin embargo, á disimular sus impresiones, supo ocultar su temor con la severa é impasible calma que acostumbraba dar á su semblante, pero bajó sin querer la vista al mirar á Rio-Santo, que iba gradualmente recobrando su habitual expresion de superioridad. Esta trasformacion, este cambio patente, hubiera colmado de alegría á una madre ó un amante, pero en el alma perversa del doctor debia producir muy mal efecto, porque aquel cadáver que revivia era el de un amo á quien habia hecho traicion. La sangre, entretanto, continuaba corriendo, pues Moore, atento solo á observar la fisono-



mía del marqués, en la que cada músculo iba sucesivamente recobrando su movimiento, no se acordaba ya de la sangría, hasta que Rio-Santo, frunciendo las cejas, y poniéndose la mano sobre el corazón, que sentia desfallecer, le dijo otra vez:

— ¡Basta, señor! ¿Me quereis asesinar todavía?

Moore cogió la sangría, y se cruzó de brazos esperando su sentencia.

— Acercadme un sillón, le dijo el marqués.

El médico se dió prisa á hacerlo, trajo el sillón, y Rio-Santo se dejó caer sobre los almohadones, y se tapó con la mano los ojos que no podian sufrir la luz, debilitados con las vigiliass, la crisis, y la sangre perdida, y permaneció así tres ó cuatro minutos. Pasados estos, levantó la cabeza así que recobró su frente la serenidad, y dijo sin la menor afectacion:

— Señor doctor, os agradezco que hayais violado el secreto de este cuarto: gracias á esto sé que ese desgraciado enfermo no está en peligro de muerte....

Esto lo dijo mirando á Angus que es-

taba echado en la cama, y el doctor bajó la cabeza maquinalmente.

— Me parece que no me he engañado, añadió el marqués: ¿no dijisteis que estaba fuera de peligro?

— Sí, milord, lo dije.

— Señor doctor, continuo diciendo el marqués, os doy gracias por haber descubierto delante de mí el fondo de vuestra alma mientras estaba ahí en el suelo, medio moribundo....

— ¿Vuestra señoría oía?...

— Perfectamente, señor doctor.... Teneis celos de mí.... deseais saber mi secreto....

— ¡Ah, milord!.. empezó á decir Moore en tono suplicante.

— No me supliqueis, le interrumpió Rio-Santo, que se fatigaba hablando, pero cuya calma triunfante hacia gran contraste con su debilidad; no me supliqueis, porque es inútil.... Yo no os deseo ningun mal.... únicamente os digo que vuestros celos son disparatados, y que mi secreto es de los que no se pueden adivinar.... Es igual á esas páginas que

habreis visto en mi gabinete escritas en lenguas desconocidas, y que en vano habreis querido descifrar, pues aunque lo tuvieseis en la mano necesitariais una clave para comprenderlo.... y esta clave, señor doctor, es Dios quien la dá, y á vos ciertamente no os la ha dado.

Estas últimas palabras encerraban un desprecio completo y frio, y el amor propio de Moore sufrió extraordinariamente.

—Señor doctor, siguió todavía diciendo Rio-Santo con la voz lenta y cansada que haria parecer frio cualquier elogio, pero que añade espresion al desden y desprecio: os doy gracias, por último, sobre todo y principalmente por no haberme asesinado.

Moore retrocedió dos pasos porque estas palabras fueron como una puñalada en el corazon, y se creyó perdido sin remedio. El marqués continuó:

—¡Muy sensible me hubiera sido morir, muy sensible!.... Pero os lo repito, no os deseo el menor mal.... Hacedme el gusto de ponerme este cogin debajo de los pies.

Moore lo hizo así, y aquel siguió diciendo:

— Disimulad, señor doctor, que abuse de vuestra condescendencia: abrid la puerta exterior de mi gabinete, y decid á Angelo.... Hace poco le hablasteis con suma aspereza.... decidle ahora que me habeis salvado la vida, y os perdonará vuestra insolencia. Decid también á mis criados.... ¿Qué hora es, señor doctor?

— Las diez, milord: contestó el médico.

— Las diez, repitió Rio-Santo. El tiempo es precioso, pero me siento muy fatigado, y necesito descansar medio día al menos.... Decid que me pongan el coche para las cuatro... El caballero Angelo Bembo me acompañará.

El médico estuvo como medio minuto aguardando nuevas órdenes, y en seguida se dirigió á la puerta; mas antes de llegar le dijo Rio-Santo:

— Así que hayais dicho eso, señor doctor, volved, que tengo que haceros algunas preguntas.

Moore se fue hácia la puerta exterior del gabinete, y al pasar por delante del

sofá en que poco antes habia tenido al marqués tan próximo á morir, que con muy poco esfuerzo lo hubiera enviado al otro mundo, se reprendió á sí mismo por no haberlo hecho. Mas habia ya pasado la ocasion, y como el descubrimiento mismo de su traicion habia acrecentado mas y mas su odio, se prometió no desperdiciar otra, pues aunque vulgarmente se dice, y con verdad, que la ocasion solo se presenta una vez, á los hombres hábiles les importa poco, porque la que no viene, se puede hacer venir. Abrió la puerta del gabinete, y el caballero Bembo al verlo, le dijo:

— ¿Qué tal, señor doctor, cómo está?

— El marqués está fuera de peligro, contestó Moore, agarrando á Lovely por el collar para que no entrara de repente en el cuarto.

— ¡Fuera de peligro! exclamó Bembo con indecible júbilo. Habia hecho mal juicio de vos, señor doctor, pero veo que sois un sábio, y un amigo muy digno.... os suplico me desimuleis, y me creais todo vuestro.

El doctor le hizo un saludo frio toman-

do la mano que le ofrecia Bembo, y en voz baja, y con espresion bastante equívoca, dijo al mismo tiempo:

—No me ha sido posible hacer todo lo que queria....

—¿Y no podré ver á D. José? preguntó Bembo.

—Ahora no conviene.... Su señoría os encarga que hagais tener puesto el coche para las cuatro, y que esteis pronto para acompañarlo. Bembo brincó de gozo diciendo:

—¡Salir ya! ¡salir! ¡esto es haber resucitado! ¡Ah señor doctor! ¡sois muy hábil!

—Mucho trabajo me ha costado, respondió Moore meneando la cabeza, pero creedme, caballero, la casualidad suele tener grande influjo en las cosas de este mundo.

Y haciéndole un saludo, volvió á entrar, y cerró la puerta.

Angelo se figuraria naturalmente que el doctor habia estado muy modesto, porque la alegría lo tenia fuera de sí; y al momento echó á correr hácia las caballe-

rizas y cocheras seguido de Lovely, el cual parecia sentir lo mismo que él, porque iba dando brincos y aullidos de gozo por las galerías. Moore entretanto volvió al cuarto en que estaba el laird, y el ruido que hizo al entrar despertó á Rio-Santo que se habia dormido, y le dijo:

—Seis dias hace que ni he hecho nada, ni visto ni oido nada tampoco.... ¿Ha pasado algo entre vosotros, señor doctor?

—Se ha estrañado mucho vuestra ausencia, milord, pero ha costado poco trabajo á vuestros fieles servidores hacer callar á los descontentos.... ignoro, milord, lo que podreis pensar de mí, pero lo digo de lo íntimo de mi corazon: muy locos son cuantos intentan combatiros.

Rio-Santo lo miró fijamente con ojos muy serenos, y le dijo:

—¡Y vos sois un hombre muy cuerdo, doctor! ¡vos!

—Apenas hay hombre que no tenga en su vida algun momento de locura, milord.... y puesto que hablamos de mí, confieso que he estado doblemente loco poco ha.... loco en haberos querido matar....

—Y mas loco todavía en no haberlo hecho; le interrumpió Rio-Santo.

—Sí, milord, lo creo así, repuso el médico, loco en no haberlo hecho.

Rio-Santo mudó de postura en el sillón, y dijo:

—No hablemos mas de eso, doctor, sé que no me perdonareis. Por lo que hace á mí, no tengo tiempo para ocuparme de vos.... acepto como antes vuestra ayuda, cuento un poco con vos, y lo hago con entera seguridad.

—Esa confianza, milord.... empezó á decir Moore, con el aparente deseo de mostrar arrepentimiento.

—No es confianza la palabra de que me he valido, le interrumpió el marqués: lo que he querido decir, es, que no teniendo tiempo para formaros el proceso, á la menor sospecha que vuelva á tener en adelante, os pondré á mis pies.

Y dando al mismo tiempo un fuerte puntapié al cogin que tenia debajo de ellos, lo echó en medio del gabinete, añadiendo:

—¡ Vivid con mucho cuidado, milord!

— ¡Milord! ¡Milord! exclamó Moore con suma ironía. ¡En un momento como este una sola palabra de bondad me hubiera hecho vuestro esclavo para siempre.

Los ojos de Rio-Santo no perdieron nada de su serena tranquilidad, pero contrayéndose involuntariamente su boca, hizo algun movimiento su bigote negro. Moore se quitó la máscara, al verse descubierto hasta el fondo del alma, alzó su abatido semblante y volviendo á parecer en sus labios su fria y cínica sourisa, dijo sin ningun miramiento:

— Muy bien, milord: cuidaré de mí.... os serviré detestándoos cada vez mas.... haré....

— ¡Silencio! doctor, le interrumpió Rio-Santo: todo eso lo sé yo muy bien, y nada arriesgais en decírmelo.... Hablemos de cosas mas serias, si gustais.

Moore sintió un vehemente impulso de cólera al ver el absoluto y completo desprecio que se hacia, tanto de sus amenazas, como de sus ofertas, pero se aumentó su respeto al mismo tiempo, y se apoderó de él un terror supersticioso, porque se le

figuró invulnerable el marqués. Este, con bastante fatiga y voz apagada, prosiguió diciéndole:

— Me falta una sola cosa que deciros: como la casualidad me puede poner otra vez á disposicion vuestra sin defensa, y como podeis dañar desde lejos, como los reptiles que arrojan su saliva á la ventura, os voy á descubrir un secreto.... Si me hubierais muerto esta mañana, habriais dormido esta noche sobre las pajas de Newgate. No me interrumpais, que bien sabeis que nunca hablo con ligereza.... Mucho tiempo hace que os conozco, doctor, y entre vos y el cadalso no hay nada interpuesto de dos meses á esta parte mas que mi voluntad.

Moore temblaba, pero queria dudar; y procurando afectar, aunque en vano, serenidad y arrogancia, dijo:

— Entre el cadalso y yo, milord, hay un abismo que todo vuestro poder no alcanza á llenar.

— Escuchad, doctor, replicó Rio-Santo: el hablar me cansa, y aun tengo varias cosas importantes que preguntaros.

El lord gran Sherif tiene en su poder un pliego cerrado en que está vuestra condenacion.... No os admireis, porque así, poco mas ó menos, tengo sujetos á todos los *lores de la noche*, vuestros compañeros.... Si no fuera por esto, doctor, no me bastaria tener mil vidas.

—¿Pero qué contiene ese pliego? preguntó Moore.

—Recordad vuestras maldades, doctor: el pliego contiene la prueba de una de ellas, y prueba irrecusable....

—¿Pero cómo es que no lo abre el gran Sherif?

—Es preciso perdonaros tantas preguntas, porque la cosa os interesa muy inmediatamente, en efecto; pero no llevaré mi condescendencia hasta el punto de contestaros mas. El pliego, señor doctor, es una mina.... estad seguro de que existe el reguero de pólvora.... y mi muerte le pegaria fuego.

—Pero, milord....

—Basta ya, dejemos esto. ¿Qué noticias me dais de Mary Trevor?

2

La casa de Perceval.

LARGO rato estuvo el doctor sin contestar á la pregunta de Rio-Santo, porque lo que éste le acababa de decir tenia cierto aire de novela que le infundia dudas; aunque por otra parte, se las combatia victoriosamente el miedo, porque hacia mucho tiempo que se habia empeñado en el tortuoso camino del crimen, cuyo término es siempre la opulencia ó el patíbulo. No ignoraba además que el marqués

mantenia relaciones de naturaleza desconocida con todos los principales funcionarios de los tres reinos, y esto tambien, unido á que la cosa no era imposible, habia bastado para alarmarlo. De modo que, ó bien fuese cierto, ó solo una invencion repentina del marqués, éste habia logrado su objeto, porque Moore se quedó como un asesino desarmado, ó como una víbora privada del veneno; al mismo tiempo que Rio-Santo, vencedor en esta lucha, conservaba su altiva y tranquila indiferencia. Así, pues, le volvió á repetir con mucha seriedad su pregunta, diciendo:

—Os he dicho, señor doctor, si teniais noticias que darme de miss Mary Trevor.

Moore desechó al momento la idea que lo preocupaba, y contestó:

—Nada os puedo decir, milord, con seguridad: ayer principié un método curativo que, segun todas las probabilidades, hubiera salvado á miss Trevor; pero acaba de sobrevenir una crisis.... una crisis peligrosa, milord.... y necesito hacer un experimento en la *otra* antes de proceder con miss Mary á un nuevo tratamiento arre-

glado á su situacion, que debe ser tanto mas enérgico, quanto que la honorable heredera de lord James se halla en peligro real é inminente.

— ¡Pobre Mary! murmuró Rio-Santo: es preciso que yo la vea.

— No, milord.... miss Mary necesita sosiego.... y sosiego absoluto.... el dia de ayer fue terrible para su débil organizacion.

— ¿Pues qué ha sucedido, doctor? preguntó con viveza el marqués.

— Muchas cosas, milord.... y aunque vuestra señoría se ofenda, fue una lástima que mis hilas no tocaran la herida de Perceval.

— ¡Ab! dijo el marqués; ¡es cosa de Perceval!

— Sí, milord, de Frank Perceval, que está mejor que vos y que yo.... ¡Dios mio! dos ó tres líneas mas, y á estas horas descansaria en la capilla del castillo de Fife... Esto hubiera sido muy conforme con lo que debia ser, porque todos los de esta familia mueren en desafio.... pero no quisisteis clavar la espada.... fuisteis genero-

so.... y erais muy dueño de serlo.... pero ahora....

— Doctor, le interrumpió Rio-Santo, os suplico que vengamos al asunto.

Moore habia ido recobrando insensiblemente el aplomo que le habia hecho perder su derrota en la desigual lucha con el marqués, é inclinándose un poco de modo que dejaba traslucir algo de su altivez natural en medio de su humildad forzada, dijo:

— Se me olvidaba, milord, que tendreis necesidad de descanso: lo que hay es esto: el carácter de la enfermedad de miss Trevor ha cambiado.... los síntomas de su afeccion nerviosa son tan graves y tan nuevos para mí, que ya no me bastan los ensayos hechos en la *otra*.

— ¿En la otra? repitió Rio-Santo, que por segunda vez oia esta palabra sin entenderla. ¿De quién hablais, doctor?

— ¡De una jóven encantadora, milord! contestó Moore con estraño entusiasmo; ¡de una materia viviente la mas perfecta!... ¡Qué juventud! ¡qué vigor tan delicado! ¡qué hermosura de formas con todas las

seducciones anatómicas de la muger!...

A fe mia, milord, que seria un placer incalculable meter el visturi en aquellas duras y elásticas carnes, y desarticular sus junturas.... Pero vuestra señoría no es médico, y no lo puede sentir.... Hablo de aquella jóven que os indiqué en nuestra última conversacion, de aquella muchacha que me debia servir.... ¿Cómo lo diré delante de una persona tan delicada como vos, milord?... que me debia servir de máquina de ensayo.... de borrador.... de bosquejo; en una palabra, de aquella muchacha que íbamos á matar *nosotros* para salvar á miss Mary.

Este *nosotros* lo pronunció Moore con sarcástica insensibilidad, sin considerar el disgusto que habia de causar al marqués una parte de su cruel accion. La boca de éste se contrajo convulsivamente, y murmuró.

— ¡Es jóven y hermosa!

— Jóven y hermosa ciertamente, milord; mas hermosa y mas jóven aun que miss Mary Trevor.

— ¡Vos me prometisteis no matarla,

doctor! exclamó al momento el marqués mirando con severidad al médico que tenia los ojos medio cerrados.

Este sostuvo con firmeza la mirada, y contestó con una fria sonrisa:

—Yo me encuentro, milord, en la situacion de aquel loco que ofreció beberse toda el agua del mar, y que instándole á que lo verificara, respondió: señores, yo ofrecí beberme el agua del mar, ¿pero habeis cuidado vosotros de que los ríos no aumenten sin cesar su volúmen? Ni vos ni yo, milord, hemos podido impedir que empeore lastimosamente la salud de miss Trevor.... La tal jóven me ha costado cien libras, y es preciso que nos sirva de algo.

Rio-Santo echó su silla hácia atrás, y apartó la vista de la fisionomía del doctor que mostraba en aquel momento una alegría diabólica. Este prosiguió diciendo con desembarazo:

—No obstante, milord, vuestra señoría es el mejor juez en esta parte.... si os parece preferible dejar morir á miss Mary Trevor....

El marqués le hizo callar con un gesto, y pasándose la mano por la frente, dijo con voz muy alterada:

—Dios no puede perdonar esto.

Moore se encogió de hombros, y el marqués continuó:

—¡Elegir! Elegir entre mi desgraciada Mary, y esa muchacha que no conozco.... Elegir cuando la eleccion es una sentencia de muerte.... Dice que es hermosa, y naturalmente seria feliz.... ¡Esto es horrible, atroz!

Se quedó en seguida cabizbajo, y en la vaga espresion de sus ojos se veian, digámoslo así, melancólicos pensamientos. Al cabo de un breve instante volvió á seguir, diciendo:

—¡Esto sucede en Lóndres! Al salir la pobre criatura de Temple-Church, adonde habria ido á dirigir á Dios sus oraciones tan suaves y tan puras, se encontraría con algunos emisarios de esas horribles cavernas, en donde la miseria vende á la ciencia pedazos de carne humana.... Aquella inocente que se sonreía tan dulcemente, y cuya voz argentina subía al cielo, hubie-

ra acaso podido caer en manos de los criados de este hombre.... ¡Por el santo nombre de Dios! exclamó con violencia, ¡sabeis, doctor, que si fuese así, me vengaría terriblemente!

Los ojos de Rio-Santo echaban fuego, y su acento era tan amenazador que Moore volvió otra vez á temer. El marqués se puso de repente en pie, firme y derecho como si nada hubiera padecido, y añadió:

— ¡Lo entendeis, doctor, lo entendeis!

Moore asustado tartamudeó algunas palabras inconexas, y Rio-Santo agarrándole el brazo, dijo con cierta especie de distraccion:

— Yo no sé si la amo, señor doctor.... pero si fuese ella.... ¡Ah! ¡os anonadaria sin piedad!

Dejóse caer, dicho esto, sobre el sillón. Moore tenia señalados en el brazo los dedos del marqués, y conteniendo un quejido de dolor le dijo:

— Me parece, milord, que os entiendo.... No creo que haya nada de lo que pensais.... Todo induce á creer que mi

objeto de ensayo no tiene que ver nada con vuestra querida....

—¿Quién os ha dicho que sea mi querida? le interrumpió bruscamente el marqués: una vez la vi haciendo oracion; la oi cantar salmos.... si supierais qué hermosa se pone, que parece un ángel.... Otra vez me pareció verla tambien detrás de la cortina de su ventana.... Todo se reduce á esto.... pero daria toda mi sangre porque fuera feliz....

El doctor no pudo contener un gesto de compasion desdeñosa, y dijo entre sí:

—Un mancebo barbilampiño de Cheap-side no diria otro tanto.... Para todas las debilidades hay lugar en ese corazon, cuya fuerza, no obstante, es tan grande!

Por mil razones científicas, y otras varias, no le hubiera disgustado al doctor disecar aquel corazon. En seguida añadió en alta voz:

—Os decia, milord, que todo induce á creer que esa jóven, que tanto os interesa, no es la que tengo encerrada en mi casa hace seis dias... pero sin embargo, como la cosa no es imposible, ¿quereis verla, milord?

— ¡Verla! repitió dudoso el marqués.

— Pero debo antes advertiros que la muchacha está ya bastante desmejorada....

Rio-Santo miró con disgusto á otra parte, y Moore añadió:

— Bastante cambiada, si os parece mejor, porque he tenido precision de sujetarla á un ayuno absoluto, y tenerla en completa oscuridad....

— ¡Basta! ¡no me digais mas! murmuró el marqués cubriéndosele la frente de un sudor frio: ¡basta, doctor, que me horro-rizais!... ¡Ah! teneis razon, es imposible que sea ella, porque Dios la protegerá sin duda.... ¡Pero sea lo que fuere nuestra víctima, compadeceos de ella!

Moore agarró resueltamente el brazo del marqués, lo pulsó, y le dijo:

— Os aseguro bajo mi palabra de honor, milord, que no os hallais en este momento capáz de soportar tantas emociones.... Tranquilizaos, os ruego.... la naturaleza exige ahora en vos sosiego y reposo.... Mañana, esta tarde, ó cuando vuestra señoría quiera, le diré en dos palabras lo

relativo á Frank Perceval.... ahora mi deber es retirarme.

Moore cubrió de este modo su retirada con el laudable pretexto de celo, y se marchó precipitadamente. Rio-Santo lo llamó pero muy débilmente porque estaba rendido de fatiga, y apenas se habia marchado, se recostó en el respaldo del sillón y se durmió profundamente.

No esperaremos á que despierte para enterar al lector de lo que le quedó por decir al doctor Moore, y para ello retrogradaremos algunos dias, y lo llevaremos á la cabecera de Frank Perceval. Varios volúmenes nos separan de los sucesos que referimos al fin de la primera parte de esta historia, mas como aborrecemos las *ojeadas retrospectivas*, haremos solo un breve resúmen de ellos.

Dos dias despues del baile de Trevor, era, si el lector lo recuerda, cuando Perceval gravemente herido descansaba alestargado en su lecho bajo la pérfida vigilancia del buen sir Edmundo Makensie. El acto principal de una comedia hábilmente tramada se representó á su cabecera,

despues de las escenas preliminares que tuvieron lugar en el palacio de Trevor: Susana amenazada por Tyrrel besó en la frente á Perceval, al mismo tiempo que lord James Trevor entraba en su cuarto: este se volvió atrás furioso á reunirse con su hija que lo esperaba en su coche á la puerta; y de aquí el consentimiento que Mary alucinada y engañada prestó á su casamiento con el marqués de Rio-Santo.

A pesar de esto no le estaba aun negada toda esperanza á Perceval, porque lady Ophelia arrastrada por el vago instinto que le hace al náufrago agarrarse aunque sea á un puñal afilado para lograr su salvacion, habia acudido á la cita que diera ella misma el dia anterior, sin saber lo que iba á hacer, y buscando solo, como las enamoradas de novela, un filtro con que sujetar á Rio-Santo. Este filtro era un veneno mortal, ¿pero que es la muerte propia ó agena, entre los ardientes ímpetus de un corazon que ama, que llora el objeto de su amor, y sufre y padece? Lady Ophelia estaba dispuesta á morir por Rio-Santo, y habia ido resuelta á revelar el secreto que

lo debía poner á sus pies, mas se apoderó de ella de repente el terror, y quiso huir.... pero ya no era tiempo, y habló. Frank despues de oirla escribió la carta que hizo pedazos lord Trevor sin leerla delante del fiel Jack y de su familia, cortando así violentamente toda relacion con el desgraciado Perceval.

Aquí vuelve ahora á empezar nuestra historia.

Frank Perceval así que escribió la carta, dejó caer su cabeza en la almohada, triste todavía, pero con esperanza, porque lord Trevor lo queria desde niño, y no le podia negar la conversacion que le pedia. En la carta, en efecto, le aseguraba por su honor, que no tenia la menor parte en la escena representada á su cabecera por una muger que le era absolutamente desconocida, y le añadia además que tenia que hacerle revelaciones importantes: ¿cómo, pues, ni aun remotamente se habia de figurar que lord Trevor la rasgase sin leerla! Así que pasaron algunos minutos, dijo:

— Jack debe estar ya muy cerca del pa-

lacio de Trevor, y dentro de media hora lo tendremos de vuelta.

— Y quedará desvanecido como el humo este enredo infernal, le contestó Stephen. Frank le agarró la mano diciéndole:

— Dios lo queria, amigo, porque de eso depende toda la felicidad de mi vida.

— ¡Buen ánimo! dijo Stephen apretándole la mano; supongo que lady Ophelia...

— ¡Pobre muger! le interrumpió Frank, ¡es digna de compasion, Stephen! ha entregado su corazon á ese hombre, que ha caido sobre Lóndres como un castigo mientras he estado fuera, cuyo nombre anda de boca en boca.... que con todas las mugeres tiene partido.... y que me ha vencido dos veces.

— Es una muger hermosa é interesante, contestó Stephen, cuyo pensamiento iba siempre dirigido involuntariamente á Clary Mac-Farlane; pero bien sabeis, Frank, cómo se engaña el corazon de esas criaturas privilegiadas.... Se me figura que las asusta toda felicidad vulgar.... tienen una especie de poesía engañosa, que les hace ver grandes goces, dignos de ellas,

fuera de la vida comun y ordinaria; llega despues un dia en que abandonan el camido trillado, y como miran al cielo no ven el abismo que tienen á sus pies.... Yo sé de una.... ¡Oh! Quiera Dios protegerla, porque es tambien hermosa é interesante.... y sus ojos alucinados andan buscando á lo lejos, sin ver el apasionado corazon que padece junto á ella!

—¿De quién hablais, Stephen? le preguntó Perceval con admiracion.

—¡Dios la proteja! volvió á decir el jóven médico con apasionada tristeza; y Dios me proteja á mí tambien, Frank, porque la amo como vos amais á Mary Trevor!

—¿Y ella no os corresponde? dijo Perceval acercando su cabeza á la de su amigo.

—No lo sé: respondió Stephen, y añadió en seguida con sentimiento: yo no soy un héroe de novela, sino un hombre como los demás: jamás he soñado cosas sublimes, y creo que la felicidad consiste en tener una vida tranquila.... Pero os aseguro, Frank, que la amo á mi pesar.... su hermana era tal vez la que me deparaba

el destino, y la dulce Ana tal vez tambien me amaria.... pero el amor se estravia y no sabe elegir.... Amo á Clary, y la amo frenéticamente.

Frank se echó á reir, y le dijo:

— ¡Qué dichoso sois, Stephen, y qué injusto como todos los que lo son! Me acuerdo de Clary.... y de la dulce Ana, como la llamais.... Clary debe ser hermosa, y Ana muy linda, porque antes era un ángel.... Es verdad que la eleccion era difícil, y es lo único desagradable que encuentro en vuestra situacion, pero una vez hecha.... Yo por mí creo que hubiera elegido á Ana.... pero no, tal vez hubiera sido á Clary... Mas supuesto que ya estais decidido, no teneis que pensar sino en ser feliz.

Stephen halagado con esta lisonja de Perceval, casi se creyó feliz, y le dijo con mucha amabilidad:

— Callad, Frank, que es demasiado hablar para un enfermo.... y sin embargo me consuela mucho oiros.... Acaso me equivoque....

— ¿Pues qué, no estais seguro de no

amar á Ana? le interrumpió riéndose Perceval.

Tenia este una herida casi mortal, y la suerte de toda su vida se jugaba en aquel momento, y á pesar de todo estaba alegre y contento, ¿pero cuándo no sabe hacerse lugar la alegría entre dos amigos verdaderos, que están juntos y hablan de amor? Pero téngase presente que eran dos amigos con veinte años de edad, porque á los diez mas ya no es el amor elemento de alegría, sino manantial de cuentos para los fátuos, de versos para los poetas, de pesares para muchos, y de fastidio para todo el mundo. El molde de aquellos viejos empolvados, perfumados y galanes, alegres, burlones y fanfarrones, que hablaban á los sesenta años de su *bella inhumana*, se ha roto ya, y sus últimos tipos nos los envió la revolucion francesa hace medio siglo. Desde entonces acá, todos se han convertido en hombres de negocios, el bisteck ha reemplazado al manjar blanco, el amor encubre siempre libras esterlinas, y nadie habla sino con sumo desden de sus antiguos amores, cumplidos los veinticinco

años: únicamente los poetas, gente por lo comun hambrienta, ven la belleza de una muger entre los diamantes de su tocado.

¿Pero y nuestros lores? se nos dirá: ¡Nuestros lores! ¡Misericordia, Dios mio! nuestros lores ó compran, ó violan, porque sus pasiones son de bestias. Nuestros lores se inscriben para cuando les llegue su turno en la puerta de alguna actriz prostituida, porque tiene precios fijos, que se saben en casa del secretario del teatro. ¡Nuestros lores! ¿Sois acaso algun birman, un habitante de la Rusia Asiática, ó de la América Septentrional para hablar-nos de la galantería de nuestros lores?

Stephen le puso la mano en la boca á Perceval, y le dijo sonriéndose:

— Callad, Frank, soy vuestro médico, y os mando que calleis. ¡Pobre Ana!... Quisiera amarla mucho....

— Es preciso ser franco, Stephen: se me figura que amais á las dos.

Frank se puso serio, y le contestó:

— Hace tres dias, no sabia yo lo que pasaba en mi corazon, y si entonces me hubierais dicho lo que ahora, me hubiera

reido de veras con vos.... ¡Qué feliz he sido hasta entonces! pero el domingo, el dia mismo que llegasteis de vuestro viage, vi ya claramente lo que pasaba en mi interior.... ¡Momento delicioso, y lleno al mismo tiempo de afliccion! Vi á Clary como si hasta entonces hubiera estado ciego, vi un ángel donde no habia visto antes mas que una muchacha jóven, y le quité á la pobre Ana el lugar que tenia en mi corazon... Porque dijisteis muy bien hace poco, Perceval, antes de esto amaba á las dos.... una y otra eran mis hermanas queridas.... Si me hubiera visto precisado á escoger, me habria hallado muy perplejo.... ¡Por qué no es lo mismo todavía, Dios mio!

Se notaba en el acento de la voz de Stephen tan singular afliccion, que Perceval lo contemplaba admirado, y viendo que no seguia hablando, le dijo:

—¿Es eso acaso alguna desgracia, Stephen?

—¡Oh! sí, es una desgracia, Frank; contestó Stephen, ¡una gran desgracia!...

¿Quereis que os diga de dónde me vino

tan repentina revelacion, y cuál fue la voz que habló á mi corazon con tanta fuerza?

— Antes no erais tan romántico, Stephen, le replicó Perceval.

— No os riais, Frank, repuso Stephen apretándole la mano, porque la voz que digo fue la de los celos.

— ¡ Los celos! repitió con voz débil Perceval, recordando su situacion, y entristeciéndose á su vez.

— Tengo un rival, exclamó Stephen colérico: lo sé muy bien, pero no podré deciros quién es.... Es un hombre que no la ama, que no la conoce, que no le ha hablado nunca.... Cuando lo pienso, me parece una fábula, creedme, y se me va la cabeza.

En esto se oyeron por la escalera los inciertos y vacilantes pasos del anciano Jack, y Perceval intentó levantarse, y exclamó de pronto escitado por la calentura, y por su impaciencia:

— ¡ Eso es una locura, Stephen! son ilusiones: Clary os ama, os lo aseguro. Escuchad: Jack sube los últimos escalones

de la escalera; idle á abrir, amigo, id pronto por Dios! ¡Qué buenas nuevas me traerá mi fiel Jack! ¡Qué despacio sube!.. Tengo un buen presentimiento Stephen; por todas partes veo felicidad.... ¡Ah! ¡si acabará de subir alguna vez ese viejo Jack! ¡con qué impaciencia espero la respuesta de lord Trevor!



ET.

Dos recuerdos.

DESEOSO Stephen de calmar la impaciencia de Perceval, fue á abrir la puerta de la escalera, por la que subia, en efecto, muy despacio el viejo Jack, que entró en el cuarto y fue hasta la cama de su amo y se apoyó en uno de los pilares, poniéndose la mano sobre el corazon.

—¿Qué noticias traes? esclamó Perceval: ¿habla por Dios, qué noticias?

Jack pálido y espresando su fisonomía

una profunda desesperacion no contestó al instante, y su amo repuso con furor:

— ¡No has entregado mi carta!

— Si señor, entregué la carta, Vuestro Honor, respondió al fin con humildad.

— ¿Y bien, y qué?

Jack meneó la cabeza y Perceval añadió:

— ¿No me traes respuesta?

— Perceval es mas noble que Trevor, dijo el viejo levantando la cabeza. El padre de Vuestro Honor hubiera hecho que sus criados castigaran á ese hombre.... ¡Trevor!... ¡Quién es Trevor! un baron del norte.... un....

Perceval volvió á dejar caer su cabeza sobre la almohada.

— Pero decid á vuestro amo lo que ha sucedido, sea lo que fuere, dijo Stephen, porque lo mata la incertidumbre.

— ¡Lo sucedido! exclamó Jack enfureciéndose cada vez mas; ¡por el escudo de Perceval! ese hombre rompió la carta de Su Honor sin leerla. Y cerró los ojos dando un suspiro.

Stephen no pudo volver hasta el dia siguiente á casa de su madre; Perceval,

encendido en calentura, estuvo toda la noche delirando, y él la pasó á su lado haciendo tristes y desconsoladoras meditaciones. El estado de Frank no presentaba, en verdad, síntomas favorables, pues la calentura era intensa, pero aunque Stephen temia que tantas dolorosas emociones pudieran agravar su herida, y hacer inútiles los socorros del arte, tenia fuera de esto esperanzas de una pronta curacion.

En ciertas horas, sosegada el alma, se entrega á una especie de adormecimiento que promueve deseos inciertos, y confusas esperanzas, mas cuando en las mismas horas se apodera de ella un dolor intenso compuesto de diversos elementos, la razon entumecida suelta las riendas de la imaginacion, y el alma no puede combatir, y se rinde desalentada. De noche es la desesperacion mas amarga, y el dolor mas insufrible, porque el veneno de las sospechas se introduce mas fácilmente en el sitio vulnerable del corazon, pues de noche es cuando suben del corazon á la cabeza esos efluvios de angustia, que pueden inducir al hombre mas valiente á pensar en

el suicidio. En estos momentos se aumenta la sensibilidad, y si el alma goza mucho, tambien sufre mas, porque la imaginacion se desborda exagerándolo todo, temores y deseos, pesares y esperanzas, y dando á todas las impresiones un carácter de calentura y demencia, con que se triplica la vida, pues si el hombre frio se apasiona, el apasionado delira.

Stephen mas bien que apasionado estaba frio, pero como todo choque produce alguna electricidad, el jóven médico que habia perdido, hacia tres dias, la positiva tranquilidad con que viviera hasta entonces, se enardecia en la lucha y perdia algo de la flema que resguarda los corazones inespertos; su sosiego habia cambiado en agitacion, y su feliz apatía en pasion turbulenta, porque amaba y tenia celos, y por consiguiente padecia mucho. Seria como la media noche, y Frank, aletargado, respiraba con dificultad y se quejaba débilmente: el viejo Jack dormia sentado en un sillón en un extremo del cuarto, y soñaba sin duda con el reciente insulto hecho á su amo, porque solia prorumpir

en espresiones coléricas, y despertar sobresaltado pronunciando el nombre de Trevor. Detrás de la cama ardía una lamparilla, con cuyo débil reflejo tan pronto se veían brillar como oscurecerse los relucientes esmaltes del escudo de armas de Perceval, y el marco dorado del retrato de miss Harriet, la hermana de Frank, muerta en la flor de su edad, cuyo pálido y melancólico semblante al dar en él la luz se asemejaba á una aparicion.

Stephen fijó de pronto todo su cuidado en el enfermo observando atentamente la marcha de la calentura, pero al cabo de tiempo, y sin saber cómo, fue á parar su pensamiento á las cosas de afuera, volviendo á ocupar Clary Mac-Farlane en su corazon el lugar de que la habia hecho salir momentáneamente el peligro de Frank. Por un trabajo moral, resultado indispensable de los celos, no se la podia ya representar Stephen en su imaginacion sino preocupada en la iglesia del Temple, entre sus devotas compañeras, dirigiendo al desconocido tristes y apasionadas miradas, en que se descubria tanto amor, que se hu-

biera considerado dichoso con una pequeña parte de él; y aunque estaba despierto y con los ojos abiertos, le pasaban por delante como un sueño todas estas imágenes en la oscuridad en que estaba, y veía á Clary mas hermosa por el mismo amor que lo atormentaba, y á su lado al bello soñador del Temple, cuyo nombre no sabia, y á quien nosotros conocemos con el de Edward. Toda aquella escena se le representaba, por último, con suma minuciosidad, y tanto entonces como antes el primer movimiento de Stephen era exclamar siempre: «yo he visto esta cara en otra parte.» Había, sin embargo, la diferencia de que en la iglesia rechazó esta idea como insignificante, y nacida de tantas semejanzas casuales como se ven en una ciudad populosa, y aquella noche paró en ella toda su atención, porque su odio era mayor y necesitaba buscarle algun motivo mas que el de los celos. Poco á poco vino á ocupar su mente el recuerdo lejano, pero claro y distinto, que conservaba de un acontecimiento harto triste, y unido al reciente de lo sucedido en la iglesia del Temple, los comparó y

cotejó ambos, mas lo hizo con tanta intensidad y pasión que chorreaba el sudor por su frente.

Perceval, entretanto, estaba agitado é inquieto, pero Stephen no lo advertia porque cada vez se iba engolfando mas en su minuciosa averiguacion. Ya fuese que la noche de la iglesia del Temple, rechazara con demasiada ligereza la idea de semejanza que desde luego le ocurrió, ó bien que las imágenes se hubiesen confundido y mezclado en su cerebro, lo cierto es que veia entonces á Edward con distintos ojos, y que ya no era solo un recuerdo del dia anterior, sino que la idea de aquellas hermosas facciones varoniles procedia de los dias de su infancia, y las habia visto en otro tiempo. Mas esto al pronto no parecia posible, porque en quince años le salen á un hombre canas y se le arruga la cara, y Edward parecia jóven, y su hermoso pelo caia formando bucles de color de ébano sobre su tersa frente; mas á pesar de todo era el mismo seguramente. Una sola cosa le faltaba para que los dos recuerdos comparados fuesen iguales, pero

Stephen por mas que hacia no la podia traer á su memoria. Entre ambos recuerdos mediaban quince años: el mas reciente se referia á una cosa ordinaria y comun; al encuentro en la iglesia del Temple: el otro mas lejano á un suceso odioso y sangriento, del que si bien hemos hecho alguna vez mencion en esta historia, no conoce aun el lector los pormenores. Stephen se confirmaba cada vez en su creencia, y ya únicamente se fatigaba por recordar la señal ó cosa característica que faltaba en el rostro de Edward para ser idéntico con el que tenia grabado en su memoria con caracteres indelebles.

Frank continuaba cada vez mas inquieto y fatigado con una cruel pesadilla que le oprimia el corazon, sin que lo pudiera advertir Stephen, cuyos ojos se habian cerrado á consecuencia de su obstinada investigacion, y de recorrer sin descanso su memoria para encontrar la circunstancia que habia olvidado. Frank empezó á pronunciar algunas palabras confusamente, esforzándose por romper las trabas con que la pesadilla le tenia entorpecida la lengua,

y como Stephen, hablando consigo mismo, dijera acaso por la centésima vez:

— ¡El es! ¡él seguramente!... Lo que no encuentro en su fisonomía es....

— ¡La cicatriz! exclamó Perceval sobresaltado. ¿Pues no he visto yo la cicatriz en su frente?

Stephen, que al oírlo se había puesto en pie, dijo:

— ¡La cicatriz! ¡Ah! ¡sí, ya me acuerdo!

— En su frente sonrosada, añadió Frank, aparecía sesgada, y de color blanquecino.

— ¿Desde la ceja izquierda hasta el nacimiento de la frente? dijo Stephen involuntariamente.

— Desde la ceja izquierda hasta el nacimiento de la frente; repitió Perceval.

— ¡Frank! exclamó entonces Stephen: ¿con que vos también lo conocéis?... Decidme en nombre del cielo ¿de quién hablais?

Perceval no contestó porque se había vuelto á dormir, y Stephen se dejó caer otra vez en el sillón, murmurando:

— ¡He aquí una cosa bien estraña!

Su razón, sosegada y tranquila, se ha-

llaba completamente trastornada, sintió vacilar confusamente su inteligencia, se exaltó su imaginación, y en medio de la luz, que lo acababa de iluminar, se le presentaron visiones singulares. La palabra proferida por Frank podía ser hija de la casualidad entre sus sueños, pero no había sido una sola, y para describir, como lo había hecho, aquella cicatriz, era indispensable haberla visto... Stephen miró á Perceval con impaciencia, por ver si le podía preguntar, y hacer que hablara, pero dormía, ¿y cómo privar al pobre herido de aquellos pocos instantes de descanso? se limitó, pues, por lo tanto á procurar calmar su turbación, y desembrollar sus ideas. Ya al menos tenía la deseada solución del enigma: lo que le faltaba á la fisonomía de Edward era una cicatriz, igual precisamente á la descrita por Perceval; una cicatriz larga y blanquiza que corría desde la ceja izquierda hasta lo alto de la frente; pero por mas que lo pensaba, la frente de Edward, tal como la había visto tres días antes en la iglesia del Temple, no tenía la menor señal de cicatriz. Otro

cualquiera hubiera podido sospechar que el tiempo habria acaso borrado aquella marca, pero Stephen como médico sabia que una cicatriz en la frente es mas indeleble que en ningun otro sitio del cuerpo, á causa de la posicion de la piel y del cráneo, separados únicamente por un ligero tejido de carne. No pudiendo dudar por esta parte, apelaba á un rayo de luz, ó al dudoso resplandor de las lámparas, pero su memoria le recordaba sin compasion, que la frente de Edward, dormido y apoyado en la columna de la iglesia, recibia de lleno y completamente la luz, mientras él lo examinaba con escrupulosa proligidad. Estas reflexiones hacia, y su conviccion, sin embargo, era la misma, y oia interiormente una voz que le gritaba sin cesar: «¡El es!»

Estas voces interiores suelen equivocarse, y pasan desapercibidas cuando se oyen de dia y á la luz del sol, ante la razon preparada para combatirlas; pero de noche, sin dormir, y en medio de la oscuridad y el silencio, el alma se deja sorprender, y el entendimiento se hace supersticioso.

Stephen se convenció al fin, y desapareciendo la duda, ocupó su lugar la certidumbre, llevando consigo el horror á lo pasado, y un gran miedo al porvenir, porque se trataba de Clary, y Edward era su amante. Jamás habia sufrido tanto Stephen, mas una vez renovada la idea de su prima, cautivó enteramente su atencion: se la representó tranquila bajo el techo de mistriss Mac-Nab, aunque estremeciéndose unas veces con la dolorosa idea de que despierta ó dormida pensase en Edward, y consolándose otras con la esperanza de que sus celos lo hubiesen inducido en error. Como la soledad y la noche suelen crear fantasmas, tuvo tambien por un momento un miedo pueril, figurándose que no habiendo aquella noche mas que mugeres en casa de su madre, y no estando él allí para velar á Clary, acaso.... mas lo desechó pronto, reprendiéndose á sí mismo por sus fútiles temores, y dijo entre sí sonriéndose:

—No parece sino que una calle tan ancha, tan bien alumbrada como la de Cornhill, donde siempre hay tanta policia, se

ha convertido de repente en guarida de ladrones, según lo que me asusto por no estar allí: vaya que soy tan medroso como una vieja.... no me faltaba más que creer los cuentos y patrañas de las comadres de la *city*.... parezco un niño.

Se levantó en seguida, dió algunos paseos por el cuarto procurando desechar sus ridículos temores, y para cambiar sus ideas añadió:

—Apuesto á que cuando llame mañana á la puerta de casa, es la voz de Ana la primera que oigo, y su linda cara la primera que se presenta á mi vista.... Clary tiene otras ocupaciones para pensar en salir á recibirme.... ¡Por qué no amaré yo á Ana!

A estas últimas palabras acompañó un profundo suspiro. El día se empezaba ya á ver clarear por entre la escarcha de los cristales de la ventana, y Stephen desesperado por no poder desechar su tristeza, y aburrido de sí mismo, se volvió á sentar á la cabecera de Perceval, aguardando con impaciencia que despertara para que le explicase las estrañas palabras que habia

proferido en sueños. Fácil es conocer cuánto le interesaría saber por qué estraña coincidencia ocupaba una misma persona el sueño del enfermo y la vigilia del médico, además de que deseaba al mismo tiempo averiguar dónde habia visto Perceval la cicatriz que tanto le habia dado en que pensar aquella noche.



III.

Anuncio de una desgracia.

FRANK Perceval continuaba durmiendo, y Stephen aguardando con desasosiego que despertara para que le explicase lo que tanto deseaba saber; pero esto no podia ser tan pronto como él queria, porque á las siete de la mañana llamaron fuertemente á la puerta de la calle, y el viejo Jack subió al momento á decirle que una muger lo buscaba de parte de su madre.

Stephen prescribió brevemente el método que se había de seguir con Perceval, enteró de ello al viejo que lo escuchó como un oráculo, y bajó en seguida al vestíbulo, donde encontró á la criada de su madre á quien preguntó:

—¿Qué es lo que hay, Betty?

—Lo que hay, Mr. Mac-Nab, contestó la pobre muchacha, cuyo aturdimiento y aflicción no había notado Stephen hasta entonces: ¡ah señor! ¡señor! no me preguntéis lo que hay.... Venid mas bien á casa, venid al instante, porque la pobre señora está como loca.... Es cosa que parte el corazón.

—¿Quién, mi madre? dijo Stephen, por el nombre de Dios, ¿qué ha sucedido?

—¡Ah señor! ¡ah señor! repitió Betty con dolorido acento: ¡parte el corazón!... Las dos pobres señoritas.... no se hallan otras como ellas en la ciudad, Mr. Stephen! ¡Ah señor!

El jóven médico lleno de susto é inquietud agarró por el brazo á Betty, y le exigió imperiosamente que se explicára, pero como es imposible hacer hablar á una

escocesa que quiere llorar, ésta se llevó el pañuelo á los ojos y se retorció las manos gritando:

— ¡Es cosa que parte el corazon!... ¡la pobre señora se vuelve loca!... ¡ah señor! ¡loca de atar!

Stephen hizo entonces lo que debia haber hecho desde luego, que fue salir, tomar un cabriolé, y partir á galope á Cornhill. Así que Betty lo vió ir volvió en sí, y ya se sabe que á las criadas antiguas de todos los paises les entra el furor de hablar cuando nadie las quiere oír; defecto de que tambien adolecen una multitud de mugeres de varias edades y condiciones, un cierto número de célibes fastidiosos, sin contar los muchos hombres casados, habladores, maricas, é insípidos, que tan bien sabe pintar nuestro Dickens cuando deja su enérgico pincel para tomar en un rato de buen humor el lápiz de los dibujos cómicos.

No sabemos qué autor francés ha dicho: «Desde Adan acá están los necios en mayoría:» adagio que seria escelente, sino contuviera una personalidad disfrazada contra

nuestro primer padre, que no dió ciertamente muestras de mucho talento comiendo la manzana, origen de nuestros males. No es nuestro ánimo detenernos á hablar de este lamentable suceso, pero permítansenos al menos de paso apuntar, que á no haber sido por aquella fruta comida sin reflexion, todos seríamos jóvenes, hermosos y robustos, dotados de saber, y sin temor de que se nos cayera el pelo. ¡Pues figurémonos un mundo sin pelucas ni maestros! Tal era el paraiso terrenal.

—¡Stephen! ¡Mr. Stephen! gritó Betty así que lo vió irse: ¡oh Mr. Stephen!... ¡escuchad! ¡escuchad! voy á deciroslo todo... á fe que es una desgracia terrible, Mr. Mac-Nab. ¡Escuchad!

Pero Stephen iba ya muy lejos, y Betty enjugándose los ojos murmuró:

—Creo que podia haber tenido una poca de paciencia, además de que era muy natural sacar el pañuelo y llorar en esta ocasion.... Las muchachas sabe Dios dónde estarán ya á estas horas.... Otro hubiera deseado saber, pero Mr. Stephen con su latin y su griego tiene mucho orgullo...

Buen provecho le haga al pobre señor.... Pero de nada le servirá para encontrar á sus primas.... ¡Oh, señor! vaya una cosa que cuando se piensa en ella!...

En seguida tomó tambien el camino de Cornhill desconsolada por no haber podido contar su lúgubre historia.

La entrada de Stephen en casa de su madre fue muy lastimosa, pues Betty tenia razon, la pobre señora estaba como loca, despues de haber pasado en pie toda la noche en la puerta de su casa, esperando á sus sobrinas que no podian volver. Por la mañana subió con mucho trabajo al segundo piso en que estaba su cuarto, y allí las llamó desatinada y desecha en llanto, hasta que no pudo ya mas y se quedó sin hablar, pero al ver á Stephen se recobró algo y pronunció sollozando los nombres de Ana y Clary. Este comprendió al momento lo sucedido, pues además de que las palabras de mal agüero de Betty le habian anunciado una gran desgracia, las camas vacías de las dos hermanas, con señales evidentes de que no habian dormido en ellas, se lo hubiera hecho adivinar.

Era, pues, constante para madre é hijo que habian desaparecido ambas, pero ni uno ni otro sabian nada mas. Stephen en el primer momento se aterró, porque aquel golpe era cruel despues de una noche de vigilia y cavilaciones, y tapándose los ojos con ambas manos, ahogó sus sollozos. Su madre lo abrazó y le dijo llorando:

— ¡Hijo mio! despues de Dios, en nadie tengo esperanza sino en ti.

Este llamamiento serenó á Stephen, y pasado aquel primer instante de debilidad, recobró su tranquila energía, cualidad la mas apreciable para un hombre en circunstancias de apuro, sacudió la languidez que le quedaba de las cavilaciones de la noche, y le volvió todo su vigor natural. Era realmente mas fuerte á la vista de una desgracia positiva, cuya estension, por grande que fuese, se podia apreciar, que ante las fantásticas aprensiones y angustias que lo atormentaban por primera vez hacia doce horas. Todo lo que olia á novela le hacia mal, y lo poético lo atormentaba, y aunque la casualidad le presen-

taba aquí una copa muy amarga, se hallaba, digámoslo así, en terreno firme, deshechas las ilusiones y fantasmas, y vuelto á la realidad de la vida. Sintió, pues, acrecentarse y fortalecerse su valor ante aquella terrible é imprevista catástrofe, y aunque su tarea iba á ser sumamente penosa, porque no tenia que combatir sino que buscar, y esto en la inmensidad de Lóndres, se halló no obstante, con fuerzas para ello, y contestó á su madre:

—Sí, madre mia; tened esperanza en Dios, y confiad en mí.

Mistriss Mac-Nab no estaba en casa cuando fueron robadas las dos hermanas, como ya saben nuestros lectores, y Betty, que se hallaba sola en aquel momento, alteró los hechos temerosa de las riñas de sus amos, diciendo que las niñas habian salido solas, y asegurando que nadie habia entrado. No quedaba, pues, mas que la esperanza de que Augus Mac-Farlane, cuya manera de conducirse era siempre rara y singular, hubiera citado secretamente á sus hijas: así supuso mistriss Mac-Nab que podia haber sido, y Ste-

phen por un momento abrigó tambien esta idea. Cualquiera esperanza, por débil que sea, si es única y sola, es forzoso acogerse á ella, como lo hizo el jóven médico, pero no pudo conservarla mucho tiempo, porque por raro y estravagante que fuese el laird, no era posible que se divirtiera en inquietar á su hermana deteniendo toda la noche á sus hijas, además de que no habia la menor apariencia de que estuviera en Lóndres. Stephen al fin salió de casa en busca del comisario de policía de Bishopsgate.

En estos barrios de tráfico tan populosos, en que el comercio por mayor está en igual proporcion con el de por menor, hay una porcion considerable de mugeres ociosas; y es por lo mismo increíble la rapidez con que se estiende, repite y transforma cualquier suceso desgraciado. En menos de dos horas circulan quinientas versiones de él con otras tantas variantes, que cada una le añade de su propia cosecha, de forma, que cuando concluye de dar la vuelta al barrio, no lo conoceria el mismo paciente. Un coche simon, por

ejemplo, atropella á un *lascar* (1) en las inmediaciones de san Pablo; lo cual, entre paréntesis, nada tiene de extraño: en Church-Yard se habla de ello tres minutos, mas en Cheapside el desgraciado *lascar* se convierte en perro de caza, lo cual es mas serio. ¡Atropellar un perro de caza! el cochero debe pagar la multa, y la sociedad fundada para la defensa de los intereses perrunos lo perseguirá hasta lograrlo. En Cornhill el perro de caza es ya un muchacho de familia decente: en la calle de Leadenhall se cambia en una lady muy rica... Aquí el cuento vuelve á la izquierda y pasa á Houndsditch, donde sufre otra nueva variante; en seguida viaja por London-Wall, y vuelve á san Pablo por la calle de Moorgate, pero sin hablarse ya de *lascar*,

1 Muchos de los infelices que limpian por un sueldo el lodo en los pasages de Lóndres, son *lascars* arrebatados de su pais por la leva inglesa. Cuando un capitán necesita marineros los coge en cualquier parte, y á su vuelta los abandona: los *lascars* son una de las muchas víctimas del egoismo inglés: se sirven de ellos, y los dejan despues morir de hambre.

ni de cabriolé, sino que en Church-Yard se oye con admiracion, que el tilburi de lord Chesterfield ha atropellado al honorable John Slip, miembro del parlamento por un *burgo* del condado de Lancastre, que tropezó con un ciudadano que se dejó caer en el arroyo saliendo de comer ostras del salon de Temple-Bar: historia que por lo probable no deja de dársele asenso.

Cuando Stephen salió á la calle ya sabian las comadres de Cornhill y Finch-Lane el robo de las dos hermanas, pero disfrazado á su manera; ¿mas cómo lo sabian? se dirá; este es un misterio: ¿cómo sabia mistriss Footes que su vecino Ricardo Trin, comerciante de anteojos, llevaba corsé? ¿cómo habia descubierto mistriss Croscain que el petimetre del barrio, Mr. Simpson, llevaba dientes postizos fabricados por el dentista vecino? Las comadres tienen ojos para penetrar las paredes, y oidos para oír lo que no se dice, y además estaba allí Betty la criada de mistriss Mac-Nab. El conciliábulo femenino se hallaba aquel dia reunido en la esquina de Cornhill y Finch-Lane que

hacia frente á la casa cuadrada, en el cuarto de mistriss **Bloomberry**, donde se tomaba el té de por la mañaua. Mistriss **Blake** sabia de buena tinta que las dos niñas se habian marchado con dos húsares, los mejores mozos del regimiento, que eran sus amantes; mistriss **Bull** habia averiguado que los amantes de las señoritas eran dos dependientes del Banco, que uno llevaba peluca, y el otro era tuerto: mistriss **Browne** no podia dejar pasar esto: las dos pobres criaturas habian sido *burkadas* debajo de su misma ventana, y á no ser por lo mucho que llovia, aun habria sangre en el suelo. Segun mistriss **Dodd** eran absurdos y simplezas las cosas que se decian sobre un suceso tan comun, y únicamente le admiraba que dos pobres señoritas que *habian cometido una falta*, no pudieran echarse de cabeza en el Támesis sin que se alborotara todo el barrio. Mistriss **Croscairn** habia creido siempre que su vecina mistriss **Dodd** era un poco ligera de lengua, pues las señoritas estaban comprometidas para servir de *estátuas vivas* en la esposicion del Strand, donde se podian

ir á ver. **Mistriss Crubb**, **Footes**, y **Bloom-berry** bebiau tazas de té sin hablar palabra reservando sin duda su opinion para despues.

Cuando **Stephen** pasó por delante de la casa donde estaban reunidas estas ocho lenguas, se levantaron todas y lo siguieron largo rato con la vista, dando esto lugar á nueva materia de conversacion, que terminó por convenir todas en que era lástima que tan lindo mozo se apurase así por unas loquillas. El entretanto seguia su camino hácia **Bishopsgate**, tratando de descubrir el enigma de la desaparicion de las dos hermanas. Su primera idea fue que el autor del robo era el desconocido de la iglesia del **Temple**; mas en contra de ello habia, que aun siendo ciertos sus celos, **Clary** era quien amaba á este hombre, y no él á **Clary**; además, ¿para qué robar las dos hermanas? Esto no tenia respuesta, mas **Stephen**, sin embargo, persistió en sospecharlo, porque no hay cabeza, por racional que sea, que no tenga su rincón vacío, y él mismo, tan positivo y tan cuerdo, perdía todo su aplomo con sus celosas

sospechas. En segundo lugar le ocurrió que podía ser un robo común y ordinario sin resistencia por parte de ellas, ¡pero eran ambas tan puras, y sabia él tan bien todos sus secretos! También podía haber sido un rapto de los comunes en aquella época, cometido por los proveedores de la aristocracia; y por último, en fin, podía ser cosa de los resurreccionistas.... A esta última idea tembló Stephen con todo su cuerpo y no acabó su pensamiento, sin embargo de que lo tuvo por el mas verosímil. De cualquiera manera le pareció que las averiguaciones de la policía le podrian servir de mucho, y fundó esperanzas en su entrevista con el comisario de Bishops-gate.

Es cosa muy sabida, que la *cité* de Londres forma, digámoslo así, un estado aparte dentro del estado mismo, hasta el punto de que si se le antoja al rey ir á misa á san Pablo, tiene que mandar á pedir al lord corregidor las llaves de la *cité*, aunque no tiene puertas, las cuales se le llevan al otro lado de Temple-Bar en el Strand, y S. M. las toca y pasa. Estas llaves son fal-

sas, si algunas hubo falsas en el mundo, y los tenderos de Fleet-Street ostentan su satisfaccion con estúpido orgullo, porque tratan verdaderamente de potencia á potencia con el soberano de los tres reinos. Los comisarios de policia de la *cit * dependen, pues, inmediatamente del lord corregidor, y no de la policia general de Lóndres, y tienen por lo mismo alguna importancia, merecen cierta consideracion, y no llevan consigo la especie de reprobacion con que se mira al otro lado del Estrecho todo lo que huele á policia. En Lóndres hasta el verdugo es un caballero; aquí no hay preocupaciones, y solo se desprecian los que tienen hambre.

El comisario de policia de Bishopsgate recibí   Stephen con todo el aparato de su grandeza despues de hacerle esperar hora y media en la antesala; y habiéndole espuesto el objeto de su visita, y reclamado, como era regular, la mayor actividad en las averiguaciones, le contestó:

—Seguramente, señor, no hay duda, el caso es urgente.... Anotad la reclamacion de Mr. Mac-Nab, Robin Cross.... el caso

es urgente.... pero, al diablo, sino estamos llenos hasta la cabeza de casos urgentes.... Tened la bondad de volver dentro de quince dias.

—¡Quince dias! exclamó Stephen asombrado; pero señor comisario....

—¡Ah!... ¿qué mas ocurre?... Ya os he dicho que volvais dentro de quince dias... Servidor vuestro, señor Mac-Nab.

—¿No se podria?...

—No señor: ¡qué diablo!

—Estoy dispuesto á hacer cualquier sacrificio....

—¡Oh!... en ese caso hablad con Robin Cross.... Yo tengo la cabeza molida... Soy vuestro servidor.

Robin Cross, que se habia puesto en pie, era un espectro alto y flaco, con una cara encajada entre dos grandes patillas canas, como la rueda de una máquina eléctrica entre dos almohadillas, y haciendo un atento saludo á Stephen lo invitó á que pasara con él á la pieza inmediata, donde le dijo:

—Estas indagaciones nos cuestan mucho trabajo.... Hacedme el favor de tomar asiento.... ¡Un rapto! las gentes por ahí

fuera creen que tenemos algún secreto para encontrar lo perdido. ¡Y rapto doble! ¿Decidme, caballero, son bonitas?

—¡Y qué importa eso! respondió bruscamente Stephen.

—Perdonad, caballero.... no he tenido intención de ofenderos... Nos habeis dado sus señas exactas, pero las señas de nada sirven.... Yo podía citaros, por ejemplo, las del famoso Fergus el Rojo, ya sabeis, Fergus O-Breane, que tanto se parece á....

—Por favor, ¡vamos al caso! le dijo Stephen con impaciencia, aunque tal vez no lo hubiera interrumpido tan pronto, á haber podido figurarse el nombre que iba á pronunciar Robin Cross.

—¡Enhorabuena! repuso este sin comoverse: ¿son lindas las dos señoritas?

—Son hermosas, señor.

—¡Hum! ¡Hum! murmuró Robin Cross meneando la cabeza. Señor mio, esto os va á costar una buena cantidad.

—Estoy dispuesto á no regatear, dijo Stephen.

—Eso os hace mucho honor, caballero:

mirad, si fueran feas, no seria asi; los mismos que se las han llevado las plantarian en la calle á los cuatro dias.... Así lo hacen siempre, sabedlo.... no tendríamos mas trabajo que recogerlas.... con diez guineas saliais del paso, y aun esto seria una generosidad por vuestra parte, porque la ley nos prohíbe exigir cosa alguna.... ¡Pero hum! ¡hum! ¿con qué son bonitas?.. muy bonitas, ¿no es verdad?

Stephen levantó los ojos al cielo con impaciencia y disgusto, porque este hombre lo tenia en un potro.

— Son muy bonitas, ya lo veo, repuso Robin Cross dando un suspiro; pues, mi querido señor, esto os costará cincuenta libras.

— ¿Y podré estar seguro?

— ¿De qué? ¿de nuestro celo? esta es precisamente nuestra cualidad distintiva, caballero.... Fíad en nosotros.... Sino las encontramos será porque no quiera la voluntad de Dios.

— ¡Escuchad! ¡escuchad! dijo Stephen apretándole la mano á Robin en uno de aquellos momentos de angustia, en que se

compraria á cualquier precio la sombra sola de una esperanza; las buscareis, ¿no es verdad? y revolvereis todo Lóndres....

—Pesa mucho, mi querido señor; dijo entre dientes Robin Cross, mas Stephen no lo entendió, y siguió diciendo con mucho calor:

—Las encontrareis, aunque se hallen en poder de un hombre poderoso....

Robin Cross hizo un gesto.

—Y me las entregareis, ¿no es así? Pues yo os daré cincuenta, cien libras, y todo lo que querais.

El gesto de Robin Cross se cambió al momento en una lisongera sonrisa, y le dijo á su vez á Stephen apretándole la mano:

—¡Cuánto vale hablar para entenderse, caballero! Estad seguro de que revolveremos á Lóndres, como decis, y haremos imposibles. ¿Tendriais inconveniente en adelantarnos algo para los primeros gastos?... lo que os parezca.

Stephen puso sobre la chimenea cuatro ó cinco billetes de banco de cinco libras, y Robin Cross le dijo:

— ¡Muy bien! ¡muy bien! Quedareis contento con nosotros, caballero.

Stephen salió de la oficina de policía lleno de esperanzas, mas el aire de la calle disipó bien pronto la especie de embriaguez en que habia caído sin saber cómo, y reflexionando á sangre fria, y pesando el valor de las ofertas de aquellos hombres mercenarios y codiciosos, se le desvanecieron todas. Era, sin embargo, preciso hacer algo, porque las pobres niñas necesitaban sin duda de su auxilio; pero qué podia hacer solo, y sin el menor rastro ni noticia que lo guiara? Absorto en estas reflexiones iba andando sin direccion fija, y en uno de los momentos en que se decía á sí mismo, es preciso hacer algo, alzó por casualidad la vista, y leyó en una esquina el nombre de Finsbury-Square, y se puso pálido porque le suscitó una lúgubre idea, que ya habia desechado antes con horror.

Stephen sabia que en aquel sitio se hallaba una caverna de resurreccionistas, porque por su profesion de médico, sus estudios y las conversaciones de sus compañeros, conocia los sitios en que están si-

tuados en Lóndres estos almacenes de carne humana, que la policia consiente mediante algunas sumas de dinero, y que las gentes de juicio llaman *un mal necesario*, y no ignoraba que el mas atrevido y temible traficanta de la muerte vivia en las inmediaciones de aquel sitio por su proximidad al gran cementerio de los no-conformistas. Su primer movimiento fue huir de alli, pero una fuerza misteriosa é irresistible lo impulsó á seguir el camino hácia *Wors-hip-Street*, porque la angustia tiene siempre sed de certeza, y parece menos amarga la desgracia que se conoce que la que se teme.

En uno de nuestros viages al continente, fuimos á ver en París el establecimiento conocido con el nombre de la *Morgue* (1), pequeño edificio cuya vista hiela el corazon, y en cuyo alrededor, sin embargo, hablan y rien durante el dia, una porcion de mugeres que venden legumbres y frutas, con los cestos arrimados á las mismas

1 Sitio público en que se esponen por la justicia los cadáveres desconocidos.

paredes de aquella sepultura temporal. Al entrar vimos sentada en el umbral de la puerta una muger vuelta de espaldas á la sala de la esposicion, que lloraba dolorosamente y se levantaba á veces como queriendo entrar, pero que contenida por un terror invencible sobre la piedra que le servia de asiento, murmuraba de cuando en cuando en medio de sus sollozos, ¡hijo mio! ¡mi pobre hijo! Allí permaneció largo rato, mas en el momento en que salíamos nosotros, oprimido el corazón con el espectáculo que presentan aquellas húmedas salas, la muger se levantó como una loca, y entró con los brazos abiertos: oimos en seguida un grito lastimoso, y dos dependientes de policía sacaron un cadáver: la muger habia visto lo que tanto temia ver, y lo que no podia menos de buscar.

Stephen Mac-Nab se hallaba en el mismo caso de aquella pobre muger; temia y deseaba saber al mismo tiempo, y en esta situacion, cuanto mayor es el temor, tanto mas vivo es el deseo. Pronto se halló en *Worship-Street* delante de una

casa grande, cuyo esterior era igual al de las inmediatas, en cuya puerta, al lado del boton de la campanilla, habia una plancha de cobre con esta inscripcion: Despacho de Mr. Bishop. Stephen puso la mano sobre el boton, y la retiró al momento para volverla á poner, latiéndole estraordinariamente su corazon en el pecho.

Era ciertamente la posicion misma de la muger sentada en el umbral de la puerta de la *Morgue* de París.



ESTR.

El despacho de Mr. Bishop.

MIENTRAS que Stephen titubeaba con la mano puesta sobre el boton de la campanilla del despacho de Mr. Bishop, estaba un hombre en la acera de enfrente mirándolo con atencion, arrimado á la reja de una casa, vestido con el raro traje de los mendigos de Lóndres, que se asemeja en todo al de cualquier caballero, esceptuando en lo manchado y raído, y mil veces mas triste y repugnante que

los andrajos de los pobres del continente, porque parece que hace alarde de una especie de pretension de bien estar, y protesta contra la miseria, lo cual sea tal vez cálculo en un país donde la pobreza es una sentencia de muerte.

El hombre que miraba á Stephen podría tener cuarenta años, aunque representaba mas; llevaba una casaca negra, cuyos girones colgaban sobre sus descarnadas espaldas, y un pantalon negro tambien y remendado, que se pegaba con la humedad á sus flacas piernas. Debía haber tenido buena cara, á juzgar por la regularidad de sus facciones, que conservaban cierto aire de finura, aunque el hambre ó las enfermedades, ó ambas cosas tal vez, habian hecho en ellas estragos, que daban compasion. Su frente, estrecha y saliente, la coronaba una masa de pelos duros y sin peinar, y su barba estaba cortada á tijera en todos los sitios en que la decencia inglesa no permite que se lleve crecida. Aquí debemos consignar de paso que ninguna lady daria limosna á un pobre que llevara bigotes, aunque este perderia

poco, porque las ladys no suelen darla. Su boca tenia una espresion de dolor que la necesidad de sonreirse hacia mas sensible, y sus ojos, abultados y tristes, se abrian debajo de las concavidades de su frente hundida sobre las cejas, sobresaliendo en sus megillas las puntas inflamadas de los juanetes. Indicaba esta fisonomía miseria estremada, pero de ningun modo maldad ó bajeza, aunque el tipo irlandés conservaba, á decir verdad, algo de su astucia adulatora.

En Lóndres, en efecto, donde cualquier vicio puede llegar á ser oficio lucrativo, no hay como ser hombre de bien para morir de hambre, y esta cabalmente era la situacion de nuestro hombre; estaba hambriento, cosa entre nosotros tan comun, que tendríamos por escusado hablar de ella á nuestros lectores, á no ser porque debe decirse todo, y porque este libro está escrito tambien para Francia, donde los hambrientos pueden hallar, segun dicen, un pedazo de pan en cualquiera parte. No afirmamos positivamente esto último por no pasar entre los riveriegos del Támesis,

nuestros amados compatriotas, por uno de los que llevan bigotes, cosa de suyo espantosa y capáz de humillar á un verdadero inglés, mas que una acusacion de ladron ó falsario.

Nuestro pobre hombre miraba á Stephen con tal ansia, que se le conocia el deseo de hablarle, pero lo detenia sin duda la miseria, que es muy tímida en Lóndres por lo mucho que se desprecia. Al fin, el mendigo, cuando Stephen aun vacilaba, se apartó de la reja, atravesó muy pausadamente la calle, y se llegó á él en el momento en que se resolvia á tocar la campanilla, y tirándole suavemente del frac, le llamó la atencion, diciéndole con mucha timidéz:

— ¡Vuestro Honor! ¡Oh! ¡Vuestro Honor!

Stephen se volvió avergonzado de verse sorprendido en aquel sitio, y al ver al pobre, su primer movimiento fue de enfado, mas como observó que se tambaleaba sobre las piernas porque lo habian fatigado los pocos pasos que habia tenido que andar, reprimió su enojo, y le preguntó:

— ¿Qué queréis?

— ¡Oh, Vuestro Honor! no os enfadeis conmigo, dijo el pobre con todo el acento irlandés; únicamente quiero deciros que Mr. Bishop es muy carero, y que conmigo os podeis componer por la mitad del precio.

Stephen se apartó de él involuntariamente, porque la pobreza, entre sus muchas desgracias, tiene la de que se cree fácilmente criminal, además de que poseído solo de ideas lúgubres, le parecieron las palabras del irlandés cruelmente significativas.

— ¿Sois acaso vendedor de cadáveres? le dijo.

— ¿Queréis comprar uno? le preguntó en voz baja el pobre en vez de contestar.

Stephen, que se acordó al momento de sus dos primas, le dijo apretando los dientes:

— ¿Una muchacha jóven, acaso?

— ¡Oh! Vuestro Honor, yo no soy asesino como Mr. Bishop.... aunque tal vez me engañe en decirlo.... Sé muy bien que no se debe hablar mal de los ricos, pero

por lo que á mí hace, con solo que Vuestro Honor me mire podrá conocer que no tengo ni aun fuerzas para *burkar* un niño.

Stephen lo miró entonces con otros ojos, y compadecido de su manifiesta miseria, le preguntó con dulzura:

—¿Desenterrais por ventura cadáveres?

El hecho de violar las sepulturas es falta de muy poca monta para los médicos ingleses.

—¡Oh! no señor, Vuestro Honor, replicó el irlandés; yo soy católico.

—¿Pues entonces qué me proponéis?

—Un cuerpo que en su tiempo no ha sido mal formado, Vuestro Honor.... un poco flaco, pero sano.... cinco pies y seis pulgadas.... cuarenta años.... dentro de una hora lo podeis tener á vuestra disposicion. Si pudierais esperar ocho dias, me vendria mejor, pero sin embargo como gustéis.

—¿Pero de dónde lo vais á sacar? replicó Stephen pasmado.

—¡Oh! no tengais cuidado, esa es cuenta mia.

—¿Pues qué, no ha muerto?

—Enteramente, no señor, contestó el irlandés sonriendo tristemente.

—¿Pensais matarlo?

—Será preciso, Vuestro Honor.

—Pero al fin, ¡qué cadáver es ese, infeliz! exclamó Stephen todo trémulo.

—El mio, Vuestro Honor, si no lo llevais á mal, respondió el irlandés con fria resolucion.

Al decir esto se tambaleó el pobre y se sentó en el escalon de la puerta de Mr. Bishop. Stephen lo examinó atentamente, y no viendo ninguna señal de calentura, ni de enagenacion mental en su estenuado semblante, le hizo olvidar un instante sus propios dolores aquel colmo de miseria humana, y echando mano al bolsillo, le preguntó:

—¿Cómo os llamais?

—¡Oh! Vuestro Honor, exclamó con alegría el irlandés; ya veo que me vais á comprar.... me llamo Donnor de Ardagh, y os puedo contar mi historia en muy pocas palabras.... Los irlandeses todos ansiamos por venir á Lóndres, y Lóndres nos mata....

Viendo que Stephen lo escuchaba, recobró instantáneamente la volubilidad proverbial de la verde Irlanda, y siguió diciendo de prisa:

—Sí, Vuestro Honor, Lóndres es muy malo para los irlandeses.... Yo hace tiempo que vine, y me casé en san Gil con una muger que me quería, y aunque los dos éramos pobres, teníamos tanta robustez y trabajábamos tanto!.... Hasta hace dos años vivimos tranquilos con cinco hijos, de los cuales los dos primeros ya trabajaban.... el mayor Patrik era muy hermoso y robusto, y nos hubiera mantenido en nuestros últimos días, porque tenía buen corazón.... pero el rey necesitó marineros, y lo reclutaron y embarcaron en un buque que no volvió mas.... Mi pobre Nell lloraba, pero seguía trabajando, mas luego no lo pudo hacer porque tenía quebrantado el corazón, y faltó el pan en nuestra choza de la calle de Church... Jorge, mi segundo hijo, que era generoso y compasivo, tuvo lástima al ver á su madre enferma, y robó un remedio en una droguería.... y lo enviaron á Botany Bay,

Vuestro Honor.... y Nell de resultas murió.

Donnor ahogó un sollozo, y prosiguió casi sin poder hablar. Durante la enfermedad de Nell nos fue preciso enviar á Snail y Loo á las fábricas, y de allí salieron, como salen generalmente todos de esos emponzoñados receptáculos.... Snail segun dicen, se ha alistado en la *gran familia*.... ¡Si supierais, Vuestro Honor, qué guapo era, y qué listo!... ¡Y Loo, mi hermosa Loo, la querida de mi pobre Nell!... Loo es ahora la deshonra de mi nombre.... todavía no ha cumplido catorce años.... ¡Lóndres tiene la culpa, no la pobre muchacha!

Al decir esto bajó la cabeza llorando, pero sin dejar de hablar. Uno y otro, siguió diciendo, hubieran sido honrados, pero á la infancia es á la que se ataca en Lóndres, y esta no se sabe defender.... Loo ahora se está muriendo abrasada por la ginebra, y la fatiga de su abominable oficio, y Snail cree para la horca.... ¡Oh! ¡y estos son mis hijos!... ¡los hijos de Nell, tan pura y tan buena! Todavía,

Vuestro Honor, me queda una niña pequeña, que está desnuda, durmiendo en el suelo.... Yo no puedo ya trabajar, y trato de vender mi cuerpo por dos libras y diez chelines.

— ¿Pero, desgraciado, le dijo Stephen, creéis que vuestra hija padecerá menos cuando hayais muerto?

— ¡Oh! Vuestro Honor, todo lo tengo pensado; contestó Donnor con una sonrisa infantil, cuya simplicidad no hay palabra que la explique; he tenido tiempo bastante para reflexionarlo. Hace ya días que pienso en venderme.... pero á Mr. Bishop le parezco muy flaco, y se engaña, porque todavía tengo carne.... Mirad, Vuestro Honor; Brian de Cork, el tendero de la calle de Bambridge, recoge en su casa la niña, si encuentro dos libras para comprarle lo preciso.... Aun me quedarian diez chelines, cinco para hacer poner una cruz sobre la sepultura de Nell, y con los otro cinco....

Donnor titubeó, mas siguió diciendo con algun embarazo: ¡Oh! Vuestro Honor, yo sé muy bien que no es un pensa-

miento muy cristiano.... y si es preciso, rebajaré esos cinco chelines... ¡pero hace tanto tiempo que no he comido ni bebido lo necesario para saciar el hambre, y apagar la sed!... Antes de morir, Vuestro Honor, confieso que desearia sentarme á la mesa, comer pan y beber cerveza.... ya se me ha olvidado el gusto de uno y otro.

Stephen se quedó un instante sin poder hablar á vista de esta última espresion de la miseria, lo cual hizo creer á Donnor que le parecia exorbitante el precio, y dando un suspiro exclamó:

—Bajaré los cinco chelines, si es menester, pues puedo morir en ayunas, como he vivido; pero en cuanto á la otra corona.... ¡Ah! Vuestro Honor, la pobre Nell no tiene cruz sobre su sepultura, y si regateais no sabrá la pobre niña dónde se ha de arrodillar para rezar por su madre.

Humedeciéronsele los ojos á Stephen, y no pudo conservar su sangre fria con estas últimas palabras, y le dijo:

—Donnor, yo tambien soy desgraciado. De casa de mi madre han sido robadas dos

niñas, que queria como si fueran mis hermanas.

— ¡Ah! exclamó el irlandés dirigiendo una significativa mirada al rótulo de Mr. Bishop.

— Id á comer y beber, añadió Stephen, poniéndole en la mano un soberano, y una de sus targetas; compradle ropa á la niña... y venid en seguida á verme.

Donnor no le dió gracias, porque conocia muy bien á Lóndres para figurarse que aquello fuera pura generosidad, y mirando á Stephen á la cara con desconfianza, le dijo:

— Vuestro Honor, falta una libra y cinco chelines.

No es posible que un hombre en la situacion en que se hallaba Stephen, se ocupe por mucho tiempo de la desgracia agena, y así fue que le replicó secamente, despidiéndolo con una seña:

— Si me podeis servir, os pagaré; sino podeis, os socorreré. Idos, Donnor, y volved hoy mismo á buscarme en Cornhill.

Donnor aturdido porque no podia concebir que pudiera ganar dinero mas que

vendiéndose, y abatido con la idea de la muerte, se fue sin darle gracias, y diciendo únicamente:

—Voy á hacer cuanto pueda por mi niña.

Stephen tocó la campanilla, y abierta la puerta, lo introdujo un criado con librea encarnada en una sala bastante decente, adornada con muchas malas estampas que representaban cacerías, escenas de pugilato, y asaltos de florete, y sobre las mesas con tapetes, manoplas, látigos, pipas y muchos números del periódico *The Grog*, papel semanal ilustrado, que contiene todos los hechos brillantes de caza, pesca, juego, pugilato ó *escentricidad*. Stephen preguntó por Mr. Bishop.

—El señor está en su gabinete, contestó el lacayo: si gustais decirme quién sois, le pasaré recado.

—Me llamo Stephen Mac-Nab, dijo éste.

El criado entró y volvió á poco tiempo diciendo:

—El señor recibe: podeis pasar adelante.

Stephen, en efecto, subió al primer piso, y se encontró en el gabinete de Mr. Bishop.

En la primera parte de esta historia describimos á este personage, cuando referimos el memorable duelo entre Tom Turnbull y Mich, el cuñado del pequeño Snail, y por lo tanto no reproduciremos aquí su poco seductor retrato, sino indicaremos únicamente algunas circunstancias olvidadas, ó variadas. Bishop el *burker*, estaba con una gran bata de seda de varios colores, un gorro escocés de color de grana en la cabeza, y repantigado en un sofá forrado de terciopelo, arrimado á la pared colgada tambien de lo mismo. Sofá, sillones, tapices y las cortinas de las ventanas, todo era de color carmesí, el cual prestaba á la cara de Bishop un carácter apoplético, que horrorizaba. Junto al sofá habia echado sobre la alfombra un gran perro de Escocia de color rojizo, cuyos ojos, con el reflejo de la luz de tan estraño gabinete, tenian un esmalte verdaderamente diabólico. Bishop era tambien un *escéntrico* en su género, y este

adorno era todo invencion suya: fumaba en una larga pipa turca, cuyo cubo descansaba en el suelo, y enviaba al cielo raso columnas de vapor pupúreo. Stephen, al entrar, se deslumbró por el desusado color de todos los objetos, y lo primero que pudo distinguir fue el ojo encendido del perro que gruñó, centelleándole las pupilas y en seguida el perfil de una cara de dogo, con un gorro de terciopelo en la cabeza, que era la del *burker*, á quien se dirigió.

— ¡Oh! ¡oh! dijo Bishop sin variar de postura: ¿vos sois Mac-Nab?... No os conozco.... ¿Qué me quereis?

— Pues yo os conozco, y deseo ver los géneros que tengais, contestó Stephen con suma frialdad.

— ¿Mis géneros? ¿qué es lo que decis? replicó Bishop dando una gran carcajada; yo soy un súbdito fiel del rey.... ¿Dónde se os figura que estais, camarada, para hablarme á mí de géneros?... Estais tan amarillo, que no basta todo este terciopelo para dar color á vuestra cara.... Creo que no habeis venido mas que á burlaros de mí.

— Os repito, repuso Stephen, que vengo á comprar algun género.

— ¡Qué diablos es esto! murmuró Bishop, dando un brinco y agarrando por el cuello al jóven médico. ¿Sois acaso algun agente de policia, camarada?

El perro de Escocia se puso en actitud de lanzarse sobre Stephen.



III.

Museo de la muerte.

TAN repentino y difícil de preveer fue este movimiento de Bishop, que Stephen no lo pudo estorbar, ni le hubiera servido de nada intentarlo, porque el *burker* era hombre de grandes fuerzas, y se hallaba en un sitio en que nadie lo podia defender. La única arma con que podia contrarrestar esta agresion era la serenidad, y de esta tenia Stephen gran dosis, por lo que le dijo con calma:

— Yo no soy de policía, y como vos tampoco sois el único traficante de Londres, os aseguro que vuestras maneras no son las mas á propósito para atraer parroquianos.

Bishop lo soltó al momento murmurando:

— Si fuera de policía hubiera temblado de mis uñas, pero no conozco á este joven.... Veo que no sois medroso, amigo, añadió en voz alta; así me gustan á mí los hombres.... ¿Pero por qué diablos me venis á hablar de esas simplezas de géneros? Yo soy un honrado traficante de cerveza, ginebra, whiskey, usquebaugh y de todas bebidas.... pero nada entiendo de géneros.... ¿Vuelvo á preguntaros qué me quereis?

Stephen sacó su cartera y le dió una targeta.

— ¡Ah! ¡ah! exclamó aquel; para ser hombre de la facultad estais muy atolondrado, caballero. Lléveme el diablo sino habeis arriesgado vuestros huesos... Acabais por donde debierais haber empezado.... ¡Ah! ¡ah!... échate aquí, Turk,

hijo del diablo.... No se viene así á mi despacho, como si vendiera yo guantes de Francia, ó confites para los chiquillos.... Os ruego, señor mio, que me disimuleis, porque un agente de policía se parece bastante á un hombre, y necesito estar siempre sobre los estribos.... ¿Queréis tomar alguna cosa.... un vaso de Wiskey ó de Porto.... un grog?

— Muchas gracias, dijo Stephen, no estoy en disposicion de tomar nada.

— ¿Nada?... ¿ni siquiera un dedo de vino de Jeréz, señor Mac-Nab? repuso Bishop con tono de mal humor. Como gustéis.... no soy hombre que me formalizo por una negativa.... pero no quisiera tampoco que me guardarais rencor... acaso podreis ser un buen parroquiano.... A fe mia que no habeis escapado mal, porque mas de una vez me ha sucedido convertir un espía en un género de cinco ó seis guineas.

Bishop al decir esto soltó una carejada, y el perro Turk, animado con la alegría de su amo, le brillaron los ojos. Tomó en seguida un frasco de ginebra y llenó

un vaso que se puso de color de púrpura por el reflejo de los muebles y paredes, de forma que al acercárselo á la boca parecia que iba á beber sangre.

—A vuestra salud, señor Mac-Nab, dijo, teneis trazas de hombre de bien. Vamos á ver.... ¿en qué os puedo servir?

Stephen, que no se habia conmovido con el imprevisto ataque del traficante de carne humana, sintió un sudor frio al oir esta pregunta, que debia no obstante esperar, porque llegaba el momento de penetrar en aquel museo de la muerte, en que acaso Ana y Clary.... y vaciló, y tuvo que apoyarse en el respaldo de un sillón.

—¡Oh! exclamó Bishop, apretándose los costados, ¡me parece que os duele el corazón, caballero! Esto enternece, os lo juro.... ¡pero si ya estais trastornado, qué será cuando pongais los pies en mi gran sala de esposicion!.. ¡Ah! ¡ah! preparaos bien, señor Mac-Nab, con ginebra, ó sin ella, como gustéis, pero preparaos... ¡qué diablo!... ¡para algo seguramente habeis venido aquí!...

— He venido á elegir y comprar, dijo Stephen haciendo un esfuerzo, porque conoció lo peligroso que era guardar mas tiempo silencio.

— Está muy bien, señor Mac-Nab.... ¿y qué clase de género os hace falta?

— Seria muy larga y técnica la explicacion, contestó Stephen: prefiero elegir por mí mismo.

— Sois un bravo mozo.... ¿qué tal está el corazon?

— Estoy pronto á seguiros.

Bishop guiñó un ojo con aire de superioridad y desprecio, porque le daba lástima la visible emocion de Stephen, aunque ignoraba la causa, y mordiéndose los labios, le dijo:

— Ciertamente que me haceis acordar, señor Mac-Nab, de los sudores que me daban cuando tenia que pasar la noche en un cementerio... porque antes de ser amo es preciso ser criado; bien lo debeis saber, porque habreis estudiado latin y griego en mas libros que los que he visto yo en mi vida, á Dios gracias.... Por mucho tiempo he trabajado con la azada y la

pala.... cada vez que lo pienso necesito un vaso de ginebra.... es oficio muy pesado, y en las noches de otoño se ven cosas muy estrañas en los cementerios. Pero dejemos esto. Ahora tengo yo tambien mis trabajadores, y el diablo me lleve si he tocado á una sepultura de dos años á esta parte.... Las noches se han hecho para dormir ó beber, y yo bebo ó duermo: no podria decir mas el dean de san Pablo.

En seguida se levantó, y pasando un cordon fuerte de seda por el collar á Turk, lo sujetó á una argolla que habia fija en la pared, diciendo:

— Esta es una precaucion indispensable, señor Mac-Nab, porque este diablo de Turk si se le deja, echa á perder un género en un abrir y cerrar de ojos. Cuando uno acuerda, ya se ha comido un brazo....

Stephen hizo un gesto de disgusto, y Bishop murmuró:

— ¡Bien! ¡bien! ¡señor! ya veo que sois muy sensible.... Fuera de que un perro no es un hombre, y Turk no tendria mas escrúpulo en hacerlo, que vos en comeros una chuleta.

— Despachemos cuanto antes, os lo suplico; dijo Stephen.

— Cuando gustéis, caballero.

Este Mr. Bishop, con cara de perro dogo salvage, y figura de hombre, de que deben seguramente acordarse mucho los concurrentes al tribunal de las sesiones, era la mas completa personificacion de la brutalidad. Segun nos dijo Noll-Brye, el llavero de Newgate, que lo tuvo bajo su custodia antes de su condenacion, no era peor que otros, sino que tenia cierta cosa que lo arrastraba á hacer siempre cosas irregulares; y como nunca hablaba de sus parroquianos sino con mucha atencion, solia decir que por esto Mr. Bishop derribaba una puerta de una patada, cuando no habia mas que destorcer la llave para abrirla: que en vez de partir un pavo, una gallina, ó cualquiera ave, como lo hace un hombre de buena educacion, la destrozaba con las manos y la boca, y que en lugar de destapar una botella le rompía el cuello.

Muchas cosas hay en la cabeza del viejo Noll-Brye, y en ciertas materias podemos

asegurar que sabe mas que todos los individuos de la sociedad frenológica; verdad es que estos no saben nada. Mas Bishop esta vez no echó abajo la puerta, siuo que tiró con fuerza de un boton de cristal que habia fijo sobre el terciopelo de la pared, y se corrió por dentro de ella una puerta pequeña, que descubrió un espacio oscuro, por donde salió una bocanada de aire húmedo, y con una grosera alegría dijo á Stephen:

— Tomaos la molestia de entrar.

Ya no era tiempo de dudar para el médico, porque su inquietud pasando por todos los grados, desde el temor al deseo, se habia convertido en aturdimiento, y así es que entró resueltamente, pero Bishop deteniéndolo con aspereza y empujándolo hácia atrás, le dijo:

— Deteneos, señor, y perdonad mis maneras, porque me parece que es mejor empujar á un hombre que dejarle romperse la cabeza. Cuando os dije que entrarais, debí decir que bajaseis, porque aquí no hay mas que un pozo de veinte pies de profundidad, y una escala... Permittedme ir delante.

Bishop entró, y puso el pie en la escala vuelto de espaldas, siguiéndolo Stephen, y murmurando mientras bajaban:

— Nada temais, señor Mac-Nab, la escala es buena, y la volveréis á subir.... No han podido hacer otro tanto todos los que la han bajado.... Esta es la escala de la ciencia, ¡por vida mia! Conserva todo el sábio polvo de las botas del colegio real... ¡Ah! ¡ah! caballero, habeis venido en muy buena ocasion, porque anoche se pasó revista á los cementerios del Este, y de Southwark, y la esposicion es completa.

Antes de acabar de bajar, le preguntó Stephen.

—¿No teneis mas cadáveres que exhumados?

—¡Eh! ¡eh! contestó Bishop con la afectacion propia de un mercader.... ni digo que sí, ni digo que no: ahora lo vereis.... La cosa vale la pena.... no obstante que confieso que me dan mas mérito del que tengo.... lo mismo que sucede con todas las personas de talento, que les achacan cuanto bueno se dice en veinte leguas

á la redonda.... No puede matarse un gato de noche en las calles de Lóndres sin que me hagan el honor de colgármelo á mí.... «Ha sido Bishop, dicen, Bishop el *burker*....» A buen seguro que ni Grey, ni Melbourne, ni Holland el sobrino de Fox, ni Stanley, ni Peel, ni Graham el necio conformista, ni Althorp, ni Jonh Russell, ¡qué gran demonio es! ni aun el viejo, sean tan conocidos como yo.... Esto es positivo, señor Mac-Nab.... Y para mí no hay diferencia entre la fama que puedan tener dos personas.... ¡Ah! ¡ah! cuesta mucho adquirir reputacion; ya lo experimentaréis en vuestra facultad, pero una vez adquirida, no hay mas que dejarse ir, pues no sabe uno qué hacer con ella.... Bishop por acá.... Bishop por allá.... ¡Ah! ¡ah! Bishop! Solo el Bu puede tener tanta nombradía!

Bishop se reia con todas sus fuerzas, y hacia temblar la escala con su siniestra alegría. En seguida añadió con mas seriedad:

—Ahora bien, señor Mac-Nab; todas estas son simplezas, se mata únicamente cuando es preciso.... y á no ser así, seria

uno á la verdad mal mercader; pero no se asesina por mañana y tarde en las calles, como creen muchos tontos.... ¡Qué diablos, señor! si se hiciera así, no podría dejar la policía de dar señales de vida.... y con todo eso, cuesta muy caro su silencio.... tanto que se lleva la mitad de mis ganancias.... Esta es la pura verdad. ¿Os figurais acaso que calla, como me dice ese mentecato, que es segundo comisario de la calle de Lambert, Mr. Roberto Plound, escudero, en interés combinado de la ciencia y la humanidad? Podrá ser, pero yo me rio de ello.... y nosotros, sin embargo, no debemos abusar por el interés combinado de nuestras espaldas y nuestro pescuezo... ¿Qué os parece? ¿no es gracioso el chiste?... Además, señor Mac-Nab, los cuerpos *burkados* son carísimos.... y acá entre nosotros, cuando nos proveemos de este género, es siempre por encargo expreso, y teniendo seguridad de la venta.... Ya estamos abajo, señor.

Stephen sufría mucho, y su sangre se helaba y se encendía alternativamente: á cada instante abría la boca para decir á

Bishop que se despachara, y no acertaba á hablar, porque un terror irresistible le paralizaba la lengua. Bishop, al fin, abrió una puerta, y la ansiosa mirada del jóven médico divisó una gran pieza abovedada de figura oblonga, alumbrada por lámparas, que ocupaba casi el mismo sitio que las cocinas y cuabras en todas las casas, en que habia colocadas simétricamente muchas mesas de piedra inclinadas hácia adelante, y en ellas figuras humanas, tiasas, é inmóviles, sobre las cuales reflejaban las paredes blanqueadas con cal, la pálida luz de las lámparas, haciéndolas sobresalir muy marcadamente el color negro de las mesas. En medio habia un gran brasero cubierto con una tapadera de plata con agujeros, por los que salia el humo del incienso que se quemaba frecuentemente, y era tal el contraste que formaba aquella luz pálida con la roja del gabinete de Bishop, que se creeria dispuesto así de propósito. Parecia que al pisar el umbral de aquella bóveda mortuoria, se interponia un velo entre la vista y los objetos que habia en ella, porque habituados los ojos

al resplandor purpúreo de las colgaduras del piso superior, conservaban las pupilas cierta percepción de aquel color, que mezclada con las descoloridas tintas de la cueva, imprimía visos violáceos á los blancos contornos de los cadáveres.

Horrorizaba ver la muerte en toda su desnudez, y adornada con las seducciones comerciales: para limpiarles el santo polvo de las tumbas, los habían lavado con esencias sacrílegas, estirados sus músculos ya tiesos, peinado y compuesto sus desgredados cabellos, y entreabierto los labios que habían exhalado el último aliento. A la jóven arrancada de una tierra bendita, la habían colocado en una postura lasciva sobre su lecho de piedra, y roto y desgarrado su último velo, se prostituían á la vista sus virginales formas privadas de la noche tutelar y casta, en que su madre la creía dormida. Un anciano mostraba en toda su fealdad el horroroso estrago de los años, sin que le hubieran dejado ni un pedazo de mortaja con que cubrir su horror. Las mesas eran diez lo menos, y ninguna estaba vacía.

Apenas abierta la puerta del subterráneo, espiró la palabra en los labios de Bishop, y ó bien fuese por el repentino cambio de luz, ó bien porque estuviera realmente conmovido á pesar de la espantosa ligereza de su último discurso, se cubrió su semblante de una palidéz mortal, y parecia otro hombre. Se agarró del brazo de Stephen, y su mano estaba helada al decirle:

—Aquí todo es blanco, y arriba todo encarnado.... Aquello está hecho para olvidar.... pues cuando no veo á mi alrededor color rojo, señor Mac-Nab, todos los hombres me parecen cadáveres.

Al decir esto procuró sonreirse, y profiriendo una blasfemia, añadió:

—Se me ha olvidado la botella de ginebra, y os confieso que sin ella no valgo nada entre esta piara de muertos. Es una lástima, pero no lo puedo remediar.... Demos pronto la vuelta, y escoged lo que os acomode.

No aguardó Stephen á que se lo dijera otra vez, y adelantándose precipitadamente reconoció todos los cadáveres antes que

Bishop hubiese llegado á la mitad de la cueva, y en seguida se arrodilló fatigado y exclamó:

— ¡Gracias Dios mio! ¡gracias!

— ¡Muy bien! ¡muy bien! señor Mac-Nab, gritó desde lejos Bishop con voz muy alterada; ¡no me aguardais!.... Decidme.... ese miserable viejo de la barba blanca, á fe mia que se ha movido.... y todavía se mueve, ¡miradlo!... Por Dios santo, que este es un oficio del diablo, señor Mac-Nab.

Stephen no le hacia caso, ni se cuidaba de responderle, gozoso de no haber encontrado allí lo que tanto temia ver. Bishop se reunió con él, teniendo siempre la vista fija hácia el frente sin mirar á derecha ni izquierda, con paso poco seguro, y así que llegaron á la puerta, empujó á Stephen hácia fuera, y la cerró bruscamente: dió en seguida un gran suspiro como para desahogar su pecho, y dijo sin conservar la menor señal de turbacion:

— ¡Ah! ¡ah! señor Mac-Nab; por mas que los pícaros me hagan visages, están en mi poder, y los venderé todos!... ¡Subid,

señor, subid!... Una pared de seis pies de grueso separa de la calle toda esa canalla, y para robármelos sería preciso un milagro. Tengo tomadas mis precauciones, y no lo habeis visto todo: un espía podría bajar la escala, y no veria aquí abajo mas que fuego.... Os digo la verdad, señor Mac-Nab.... mas de mil libras me ha costado la construccion de esto, pero está muy bien hecho, y con solo apretar una manecilla.... ¿me ois?... se hunden las mesas, y aparecen en su lugar.... Adivinadlo.... ¿No quereis, ó no acertais acaso?... ¡Pues bien! aparecen toneles de cerveza y licóres, que han pagado los derechos, y sobre los que no es posible decir ni una palabra... Subid, señor, subid que tengo sed.

Bishop tomó aliento, y siguió diciendo:

— Y por fin, señor Mac-Nab, ¿qué os ha parecido esto?... ¿No me contestais?... ¡ah! ¡ah! sed franco, ¿habeis tenido miedo?

— No señor, contestó Stephen.

— ¡Ni yo tampoco, por vida mia! sino que se me olvidó la ginebra.



Así que entraron en el gabinete colorado, Bishop se apresuró á reparar su olvido, y se bebió dos vasos uno tras otro diciendo en seguida:

— Os digo la pura verdad, señor Mac-Nab, no cambiaria mi oficio por el de papa.... ¿Y habeis hecho ya la eleccion? veamos....

Stephen le contestó bastante lacónicamente que nada de cuanto habia visto le podia servir para sus estudios actuales, y Bishop, sin mostrar muy mal humor, re- puso:

— ¡Oh! ¡oh! ¡lo siento mucho! lo siento mucho! ¿Pero habeis quedado satisfecho de mi esposicion?

Stephen hizo un signo afirmativo.

— Pues eso me basta, señor Mac-Nab, otra vez nos arreglaremos.... pues creo que puedo contar con vos, añadió con maligna sonrisa: ahora me parece que habeis venido solo por curiosidad.... no se comprende como entre diez piezas distintas no hay una que convenga.... Pero nada importa.... estoy satisfecho con haberos conocido, señor Mac-Nab.

Stephen le hizo una cortesía, y se encaminó hácia la puerta: Bishop lo acompañó hasta ella, y así que llegaron le dijo con cierta mezcla de embarazo y desvergüenza:

— Se me antoja, caballero mio, que os habré parecido un tonto al ver mi conducta allá bajo.... El hecho es que nunca me hallo bien sin mi botella de cerveza.... pero cuando la tengo, ya lo veis, hago el mismo caso de todos esos miserables que del gran Mogol.... Hasta que vuelva á tener el gusto de veros, señor Mac-Nab.

Stephen era médico, y es cosa sabida que los trabajos anatómicos embotan siempre algo la sensibilidad, y no seria exacto decir que le causó aquella tienda mortuoria la misma impresion que á cualquiera otro hombre sensible y no médico, mas sin embargo, así que salió de casa de Bishop respiró con sumo placer su pecho el aire libre, no porque lo hubiera oprimido la idea de la muerte, sino la del crimen. Por de pronto lo consoló y alegró la idea de que sus primas no habian dado en manos de un asesino, mas luego moderó su gozo

la reflexion, porque no era Bishop el único proveedor de los cirujanos y médicos de Lóndres, sino que habia otros varios que por no ser tan ricos y atrevidos, encubrian su horrible tráfico con un impenetrable misterio. Le quedaba, pues, el desconsuelo de no tener medios de adquirir sobre ello una certeza completa.

Así que llegó á su casa de Cornhill le dijo Betty que lo aguardaba en la antesala un hombre desconocido, que hablaba de las dos señoritas robadas, y no pudiéndole decir mas, le volvió Stephen bruscamente la espalda, y fue á ver quién era.





La muestra de Shakspeare.

STEPHEN habia olvidado ya completamente al irlandés Donnor de Ardagh, y la singular compra que le habia propuesto en la puerta de casa de Bishop, y si se hubiera acordado de él cuando Betty le dijo que el hombre que lo esperaba hablaba de las dos hermanas, hubiera buido cien leguas del pobre. Mas al entrar en la antesala baja se encontró con Donnor, á quien conoció solo por su andrajoso trage, pues se

habia dormido esperándolo con la cara apoyada en la mano, y tapada casi por su áspero pelo. Stephen que iba lleno de la mas ansiosa curiosidad, se detuvo al verlo, y preguntó?

—¿No hay aquí nadie mas que vos?

Donnor despertó sobresaltado, sin haber comprendido la pregunta, y poniéndose la mano sobre el estómago, murmuró:

—¡Oh! ¡estaba soñando que comia pan!... Esto siempre me viene bien hasta en sueños, aunque ahora no tengo hambre.

Entonces conoció á Stephen, se estremeció de los pies á la cabeza, y siguió diciendo:

—No he soñado, sino que he comido... el precio de mi cuerpo. Aquí estoy á vuestra disposicion, Vuestro Honor, añadió con triste resignacion. He estado en san Gil, la niña está ya vestida, y he comprado pan.... En esto último podré haber hecho mal, porque el pan es bueno y da ganas de vivir.... Pero no importa, aquí me teneis.

Donnor, para decir esto, se habia puesto en pie con los brazos cruzados delante

de Stephen, que se acababa de sentar en un sillón muerto de cansancio.

— Está bien, murmuró Stephen, procuraré daros ocupacion.

— Escuchad, Vuestro Honor, dijo resueltamente Donnor; no perdamos tiempo.... Ahora que no padezco deseo vivir... y además tengo solo cuarenta años.... acabemos de una vez... En la faltriquera traigo una cuerda; no falta mas que clavo de que colgarla.

Stephen lo miró asombrado, y él prosiguió:

— Dadme los veinticinco chelines que me debéis, y enseñadme vuestro laboratorio. Esta tarde quedará todo arreglado.

En este momento se acordó Stephen de lo que habia pasado, y le dijo con una sonrisa involuntaria:

— Yo necesito amigos vivos, Donnor, y os privaré del placer de ahorcaros.... ¿Pero no ha entrado aquí nadie desde que vinisteis?

— ¡Vuestro Honor! ¡Vuestro Honor! exclamó Donnor en vez de responder; decidme eso mas claro, de modo que no me

quede duda.... Yo soy un pobre, y seria mal hecho hacerme creer.... ¿No quereis ya mi cuerpo en cambio de vuestro dinero?

—No, amigo: le contestó Stephen con dulzura.

—¡Oh, Dios mio! dijo Donnor sorprendido, y en seguida prosiguió con sin igual verbosidad:

—Yo lo debí sospechar, porque bien me lo indicasteis en la calle de **Worship**, **Vuestro Honor**.... Pero no quise consentirme, porque ya he esperado muchas veces.... y es tan triste esperar en vano.... Pero ¡oh! **Vuestro Honor**, así que vi que viviais en esta casa, de donde tantas veces me han echado limosna dos señoritas....

—¿Sois vos el que hablaba aquí de ellas? le interrumpió Stephen.

—Yo he sido **Vuestro Honor**.

—¿Y las conoceriais?...

—Aunque fuera entre mil, os lo aseguro por mi salvacion.... He hablado de ellas porque me dijisteis en la calle de **Worship** que buscabais dos jóvenes robadas, y he recelado....

—Sí, Donnor, ellas son las que busco.

— ¡Son ellas! dijo el irlandés juntando sus manos y levantándolas al cielo; ¡son ellas! ¡aquellos dos ángeles!... ¿Y las habeis encontrado, Vuestro Honor?

Stephen meneó con tristeza la cabeza haciéndole un signo negativo.

— ¡Oh! ¡yo las encontraré! exclamó Donnor asiendo del brazo á Stephen; yo las encontraré, aunque estén entre las garras de la familia, de ese demonio con mil cabezas.... De esto sé yo mucho, Vuestro Honor.... Mis hijos Snail y Loo han caido en el lazo y forman parte de esa espantosa turba que asalta de noche las calles de Lóndres.... Nunca he querido tomar el dinero que me ofrecian, aunque me muriera de hambre, porque las manos del hijo de mi padre están, gracias á Dios, puras, Vuestro Honor.... Pero por vos que habeis tenido compasion de mí.... por esos dos pobres ángeles que tantas veces me han socorrido.... ¡Oh! ¡no hay nada que yo no haga!

— Gracias, Donnor, dijo Stephen; os lo agradezco mucho.... ¿Pero qué confianza teneis?

—Mi hija Loo tiene buen corazon, respondió el irlandés, y Snail es muy listo.... Como la familia tenga parte en el robo, yo lo sabré, Vuestro Honor.... sabré dónde están.... y os lo vendré á decir para que me digais lo que he de hacer y ayudaros en lo que pueda.

Stephen le apretó la mano, y la fisonomía de Donnor, petrificada por la miseria, se habia animado con el deseo de mostrarle su gratitud y reconocimiento, y le dijo con el acento de verdad, que no le es dado imitar á la mas sagaz hipocresía:

—Vuestro Honor, habeis vestido á mi niña, que estaba en cueros en la calle de Church, habeis ofrecido una cruz para la sepultura de mi pobre Nell, y en cambio de esto os daba yo mi cuerpo, que no habeis querido.... ¡Oh! Vuestro Honor, daré mi vida por vos, si es necesario, y por las señoritas.... porque vos y ellas únicamente en todo Lóndres os habeis compadecido del pobre irlandés....

Donnor se marchó por la acera de Cornhill dirigiéndose á san Pablo lo mas aprisa que pudo, pero estaba tan débil, y sus

miserables piernas tan poco fuertes, que se tambaleaban con el peso de su estenuado cuerpo, de forma que un puñetazo de Tom Turnbull ó de Mich lo hubiera estrellado como un vidrio; pero su semblante habia perdido su completa inmovilidad. Se notaba animacion en sus dulces y espresivos ojos, y la fatiga de su marcha habia coloreado pasageramente los juanetes salientes de sus flacos carrillos, anunciando todo en él una resolucion superior á sus fuerzas, pues iba con la frente erguida, la vista fija, y andando de prisa, segun acostumbran los que viven aislados y sin tener á quién confiar sus pensamientos.

— ¡Oh, qué buen caballero! iba diciendo entre sí con la locuacidad propia de las gentes de su nacion. ¡Oh, qué corazón tan hermoso!... ¡y los dos pobres ángeles!... ¡Oh, Dios mio! ¡la Virgen y mi santo protejan á los tres!... ¡Ver que la desgracia ha venido á dar justamente en la única casa de Lóndres en que he encontrado almas piadosas que alivien mi miseria!... ¡Ah, Donnor! es preciso trabajar, averiguar, y hasta perecer, si es necesario,

en la empresa.... ¿Y lo harás **Donnor**?....
Sí, sí, lo haré.

Al llegar al fin de la calle de **Fleet**, delante de **Temple-Bar**, se paró sin aliento, y dijo:

—¿Pero en dónde encontraré yo á estas horas á ese tuno de **Snail**? Dios que sepa dónde vivirá, si es que vive en alguna parte.... Vamos á ver.... él concurre á la taberna de **Peg**, en **Before-Lane**.... pero es por la noche á las horas de teatro.... tambien va al **Temple**, pero no sé la contraseña, y no me dejarán entrar... A mas **Snail** prefiere beber y divertirse á dormir en un sótano... ¡Ah! tambien frecuenta la muestra de **Shakspeare**, que está cerca de aquí.... y mis pobres piernas necesitan descanso.

Donnor continuó su camino, pasó por la izquierda de la iglesia de san **Clemente**, y dió la vuelta á la calle de **Wych**, donde está la muestra de **Shakspeare**, que es el punto de reunion de los ladrones de todas clases que se conoce en **Lóndres**, y donde se veía todavía en aquella época, en la parte superior de la fachada pintada de va-

rios colores, la famosa muestra alegórica de un pescado y un pájaro en un globo de vidrio. No creemos posible que los parroquianos de Shakspeare necesitaran de esta advertencia simbólica para temer á Newgate ó la deportacion, pero de todos modos, esta célebre taberna era entonces, como hoy, una casa pública de buen aspecto, situada en el centro de la calle de Wych, como á trescientos pasos de san Clemente, frecuentada únicamente por empleados de policía y ladrones, con exclusion de toda otra clase de ciudadanos.

Estas dos castas de gentes, á quienes los tontos suponen generalmente enemigos mortales, viven allí en perfecta inteligencia y armonía, dándose mútuas pruebas de aprecio. Solo de vez en cuando, algun agente de policía de mal humor, suele echar la garra á un ratero, sin que por esto se alboroten los concurrentes, pues se mira como cosa corriente, y uno de los percances del oficio. Esto es lo que sucede al pie de la letra en la taberna de Shakspeare, y la policía se vestiría sin duda de luto si por alguna increíble fatali-

dad llegara á destruirse este café modelo, que le sirve como de depósito para sacar cuando le acomoda algun plato que presentar al tribunal de las sesiones, pues la policía en todos los países procura dar pruebas de celo sin renunciar por eso á su *dolce far niente* habitual.

Donnor entró resueltamente, atravesó la pieza del mostrador, y pasó por delante del obeso dueño de la taberna, que estuvo por negarle la entrada; pero como los ladrones en Lóndres se valen de singulares disfraces, no lo hizo temiendo que bajo aquellos miserables andrajos se encubriese algun bandido de importancia. Serian como las cuatro de la tarde, la sala principal se hallaba casi vacía, y solo algunos cuartos ocupados, en uno de los cuales estaba Snail con el vestido de caballero que habia comprado dos dias antes en la calle de Harte por órden del capitan Paddy O-Chrane, jugando al whist con mucha formalidad con Tom Turnbull, y otros dos individuos de la familia. Tom tenia en la cabeza un pañuelo que le cubria la frente, sin conservar por lo demás ningun

indicio del horroroso combate que sostuvo en la *Pipa y el Jarro* con el grueso Mich, que con menos fortuna, ó menos fuerte que él, se hallaba en manos de un cirujano.

En otro cuarto estaba Loo peinándose, y componiendo los rizos de su largo pelo rubio delante de un espejo, y dándose con bermellon en sus macilentas megillas, siendo entonces mas visibles con la luz del dia los estragos causados por el vicio en esta desdichada víctima de una precoz disolucion. A pesar del colorete que se ponía, resaltaba siempre su cárdena palidéz, y ningun afeite era capáz de ocultar el círculo azulado y profundo, que la embriaguéz y las vigiliass habian trazado al rededor de sus ojos. Cada vez que tenia que alzar los brazos para componerse la cabeza, le producía el esfuerzo un ronquido estertoroso, tenia que detenerse y beber ginebra, y esto la reanimaba, al parecer, porque se sonreía mirándose al espejo, y cantaba con voz muy triste un trozo de una cancion obscena. La infeliz presentaba el funesto y vergonzoso cuadro de la

prematura degradacion en que muere una parte de la juventud pobre de Lóndres, y todo hombre honrado se hubiera dolorosamente conmovido al ver esta impuber sacerdotisa de la vénus inglesa, destruida y gastada por el vicio, combatir la agonía con la embriaguéz, y desgarrar indolente con su canto sus abrasados pulmones.

Pero es preciso no confundir con la piedad el desprecio ó la cólera, y muy necio y cruel seria el que vituperase ciegamente á la víctima, cuando debia hacer recaer sobre el verdugo todo su desden y su odio. El hombre sensible compadece á estas tristes criaturas que ha estragado el vicio, y arrastra hácia la tumba: el hombre pensador busca el remedio de esta lepra contagiosa y mortal: y el hombre fuerte se indigna contra este pueblo corrompido hasta la médula de los huesos, contra esta gran capital prostituida y encenagada en los mas vergonzosos vicios, y cuya corrupcion, cuando sea algun dia manifiesta, asombrará al orbe entero, y acabará por sumirla en un abismo, como Sodomá ó Nínive, bajo el peso de su ignominia.

En esta época, empero, existia en Lón-dres un hombre sensible, pensador y fuer-te, con un golpe de vista perspicaz y seguro, que vió el mal, y lo quiso comba-tir con su poderoso brazo, capaz de der-rocar un imperio. Mas Dios sin duda quie-re en los ministros de sus venganzas un corazon recto y puro, y este hombre se sirvió á veces del crimen como de un arma para luchar, y de un medio para colocarse al nivel de su colosal enemigo....

Mientras que la jóven Loo cantando y bebiendo se adornaba con deslucidos oro-peles para sus nocturnos paseos, Snail, á quien su trage de señor inspiraba cierto orgullo, continuaba la partida de whist con sus tres camaradas, y decia barajando las cartas:

—¡Tres y estuches! ganancia triple, camarada Tom.... ¿quién se ha de figurar viéndome jugar así con vosotros, que casi habeis muerto á mi cuñado Mich?...

—¡Pobre Mich! dijo Loo desde lejos; tres dias hace que no me pega.

—Hermana Loo, bebe y canta, y no nos prives á los hombres de jugar.

El juego seguía, y Snail ganaba siempre por mas trampas que le hacían.

— ¡Estuches iguales! marcad solo tres puntos, Tom.... dijo. ¡Ah! ¡qué cosa tan diabólica me ha contado hoy mi hermosa Madge!.. Que no me mueva de aquí si entiendo una palabra... Dice que los *caballeros de la noche* han ajustado á Saunders, el antiguo gigante del circo de Astley, á quien llaman el Elefante, para escavar una mina debajo del palacio real.

— No es debajo del palacio, replicó Charlie, el marinero gordo, sino debajo de la sala de las joyas de la corona, en la Torre.

— ¡Buen pensamiento! exclamó Snail; pero trabajo le mando al elefante, porque la sala está en medio de la Torre, y la Torre es muy ancha.

— ¡Bah! dijo Turnbull, ¡tonterías!.... Atended por Dios al juego.

— Bien se puede hablar y jugar, camarada Tom, repuso Snail con impaciencia; mirad á los caballeros de los clubs á ver si completan un robo sin hablar cuanto quieren... Escuchad: mi muger Madge cuen-

ta cosas muy curiosas sobre eso: quisiera que estuviera aquí, pero ha ido á llevar carne y verduras frescas al brik *Kean* que ancló ayer en Greenwich..... Dice que *Saunders* trabaja él solo tanto como una docena de hombres.... y está demasiado gordo para eso, ¿no es verdad, camaradas?

—Serán doce hombres como tú, caracol hablador, le dijo *Tom*.

—Como yo, ó como tú, *Turnbull*.... no creo sea mucha la diferencia.... ambos somos valientes. Pero te confieso que daría media guinea, ¡vive Dios! por ver trabajar á *Saunders*.... ¿Os acordais de cuando el año pasado levantaba en peso un caballo en el circo de *Atsley*?

—¡Levantaba lo que quería, hijo del diablo!... ¡Sirve á espadas!

—Sirvo á espadas, *Tom*.... y ahora juego bastos. El capitán *Paddy* es el amo del elefante, y yo le he de pedir que me lo deje ver.

—Lo cierto es que debe ser cosa muy curiosa, dijo *Charlie*, pero si se cogen las joyas de la corona, qué nos tocará á nosotros? ¿algunos chelines?... ¡Ah! si *Su*

Honor no hubiera parecido, Turnbull, ahora tendríamos los billetes de banco de Mr. Smith.

— ¡Y qué broma! exclamó Tom.

— ¡Qué jarana! dijo Snail....

Loo tosió en el cuarto en que estaba, arrojó esputos de sangre, y dijo:

— ¡Ya se me acabó la ginebra!

Y apretándose el pecho con las manos, añadió:


— ¡Ya vuelve el fuego!... Tengo aquí dentro fuego que me abrasa.

En este momento fue cuando entró por la puerta Donnor de Ardagh, y Snail, sin inmutarse, exclamó:

— ¡Muchachos! ¡mirad á mi padre! No estaria de mas que lo saludarais.... Hermana Loo, ven á saludarlo tambien, te lo suplico.

EVI.

Donnor de Ardagh.

L ver los bandidos á Donnor con su casaca negra llena de girones, fue su primer movimiento echarse á reir; pero el honrado semblante del pobre irlandés inspiraba cierto respeto, y esto, unido á lo que dijo Snail, les hizo contener su hilaridad.

— ¡Ah! es tu padre, Snail, dijo Tom llevando la mano al sombrero; ¡qué diablo!

Charlie y el otro jugador lo saludaron bajando la cabeza.

— Sí, es mi padre, dijo Snail, mi buen padre que viene á beber con nosotros; ¡por vida mia!

Donnor habia seguido andando con paso largo, pero lo abandonaron las fuerzas, y se dejó caer en un banco fatigado, llevando sus manos á la frente para limpiarse el sudor.

— ¿Quereis beber, papá? (Paddy) le preguntó Snail; os presento estos tres camaradas y amigos míos.

Los tres lo saludaron al mismo tiempo.

— Si mi muger Madge no se hubiera embarcado, ¡por vida mia! prosiguió diciendo Snail, componiéndose el corbatiu con grotesca gravedad, os la presentaria tambien.

Donnor no hacia mas que mirar á su hijo con muda admiracion; siendo de advertir que el tono de Snail desde el principio no tenia nada de burla ó falta de respeto, antes por el contrario, el tunante habia llegado al punto de poder decir todas estas necedades con la mejor buena fe. Su pa-

dre, al fin, le dijo haciendo un esfuerzo:

—No tengo sed ninguna.... pero qué buena ropa llevas, Snail.

—Sí, papá.... no estoy descontento con el sastre.... me parece que voy tan bien vestido como cualquiera.

—¡Pobre Nell! murmuró Donnor.

Snail no lo oyó, pues de otro modo hubiera conocido el amargo dolor que envolvía la memoria de una esposa casta y pura á vista de la depravacion de su hijo.

—Papá, añadió Snail con el tono que podia usar un hijo acomodado con su padre pobre y miserable: ¡os cuidais poquisimo! estais tan flaco que asusta. ¿No es verdad, Tom?... ¡Ah, papá, por Dios! ¡que hareis que me tengan por un mal hijo!

—¡Dejemos eso, hijo, le contestó Donnor con seriedad mezclada de tristeza; no he venido á que hablemos de mí.... ¿Dónde está tu hermana Loo?

—¡Loo!.... en efecto, papá, teneis mucha razon.... ya le habia yo dicho que viniera á saludaros como debe.... Pero quizás estará borracha.... mas esto no lo puede remediar, porque necesita humede-

cer continuamente su pobre pecho.....
 ¿Pero dónde diablos se habrá metido?
 añadió mirando á todas partes.

Loo no parecia absolutamente, y Snail siguió diciendo con tono sentencioso:

—Esto es muy mal hecho.... creed, amigo Tom, que nunca lo hubiera creído de mi hermana Loo.... ¡Caramba! es preciso tener buenos modales.... ¡Loo! ¡hermana Loo!

—Déjala, Snail, dijo el irlandés; hablaré contigo solo.

—Con todo, papá, es preciso que sea atenta.... es hermana de un caballero, y no debe portarse como una muchacha cualquiera sin educacion.... ¡Loo! ¡hermana Loo!

Entonces se oyó una tos convulsiva que se procuraba reprimir, y Snail exclamó:

—¡Oh! ¡bien lo sabia yo! estará tirada en cualquier rincon, y si es así, ya veis, papá, que no se le puede decir nada... porque cuando una persona está borracha....

—Esa tos es horrorosa, murmuró Donnor que se habia puesto en pie.

—Muy mala es, papá.... pero se aplaca con ginebra... esperad, que allí se ven las puntas de su vestido.

Fue en seguida adonde estaba oculta Loo detrás de una puerta, y la agarró por un brazo: la pobre muchacha se resistía, porque el mismo embrutecimiento de sus facultades intelectuales habia impedido que el mal ejemplo obrase en ella tanto como en su hermano, y se avergonzaba de presentarse delante de su padre, á quien amaba. Snail la sacó por fuerza, y la llevo adonde estaba Donnor, diciendo:

—¡Vamos, Loo, con mil diablos, hermana, déjate de niñerías, y saluda á padre!

La muchacha confusa se tapó sus llorosos ojos con ambas manos, diciendo:

—¡Padre!... ¡Oh padre!

Donnor estaba traspasado de dolor, porque aquellos infames oropeles con que estaba adornada, el afeite que cubria sus macilentas mejillas, la marca encarnada que habian impreso en sus juanetes la ginebra y la corrupcion, y el movimiento convulsivo de su pecho, le partian el corazon. Tenia el sello de la muerte en su semblan-

te, respiraba con dificultad, y cada vez que contenía la tos aparecía en sus descoloridos labios un esputo sanguinolento.

— En otro tiempo se parecía mucho á Nell, dijo Donnor mirándola. ¡Pobre Nell! ¡hizo bien en morirse!

Loo permaneció inmóvil delante de su padre, tapándose los ojos con las manos, y éste la besó en la frente, levantó al cielo sus ojos llorosos, y dijo:

— Dios tenga misericordia de ti, ¡hija mía!

— ¡Oh padre! murmuró Loo; yo os amo, y no puedo pensar en vos sin llorar... Pero necesito beber ginebra para aplacar el ardor que tengo aquí dentro; añadió apretándose el pecho con ambas manos.

— ¡Fuego, padre, siguió diciendo, fuego siempre!... ¡Si supierais qué desco tengo de morir!

Donnor hizo un gesto de muda desesperación, y Charlie el gordo, exclamó:

— ¡Diablo! esto me va ya fastidiando.

— Ese vestido negro es un verdadero quita placeres, repuso Tom Turnbull. Y

vosotros no lo apureis tanto , porque parece buen hombre.

— En verdad que me haceis llorar como un niño , dijo al mismo tiempo Snail , que estaba en efecto conmovido sin saber por qué... Pero un caballero no debe llorar, ¡qué diablo! y me falta el pañuelo de batista que he dado á mi hermosa Madge.... ¡Vamos, padre, vamos Loo, basta ya de lamentos, y viva la alegría!

Snail terminó esta arenga dando un maullido que hizo brincar á todos los presentes, y encantado con el efecto que habia producido, lo iba á repetir, no obstante sus pretensiones al título de caballero, mas lo contuvo una severa mirada de su padre, y murmuró entre dientes:

— Al diablo si es posible reir con vos, papá.

Tengo que hablarte, Snail, le dijo Donnor con dulzura, recordando el objeto de su visita.

— ¿Hablarne, papá?... á solas, ¿no es verdad?... Será algun secreto de familia, añadió volviéndose á sus camaradas: ya se ve... soy el mayor... el heredero presuntivo....

—Podeis hacer lo que os parezca, dijo gravemente Turnbull.

—Guardadme el juego, repuso Snail... esperadme un poco, que vuelvo al instante.... Vamos, papá.

Donnor llevó á sus hijos al cuarto mas separado, y se sentó allí entre ellos. Turnbull se puso á barajar las cartas, y dijo con cierta seriedad:

—Lo cierto es que si yo fuera padre de dos pilluelos semejantes, y hombre de bien por casualidad, los estrellaba uno contra otro.

—¡Bah! repuso Charlie; á Loo no le quedan quince dias de vida, y Snail no tardará mucho en subir á la herca.... Seria trabajo escusado, Turnbull.

Tres dias enteros pasaron sin que el pobre Donnor de Ardagh pudiera cumplir la promesa que habia hecho lleno de entusiasmo, porque ni Snail sabia nada, ni tenia medios de saber, á pesar de su precoz penetracion, porque los gefes de la familia no confiaban sus secretos á los agentes subalternos. Habia ofrecido á su padre averiguarlo, y decírselo á las vein-

ticuatro horas, por efecto de su vanidad y presuncion, y habia hecho, en efecto, algunas diligencias, pero todas en valde, de forma que Stephen á los tres dias no tenia el menor indicio del paradero de las dos hermanas, ni mas noticia sino que no habian caido en poder de los resurreccionistas. Este era un consuelo negativo, un pretesto para tener esperanza, y un estímulo para continuar sin descanso sus pesquisas. Donnor de Ardagh por su parte no descansaba un momento, pues su ardiente celo lo fortalecia, y ocupaba el dia entero en espiar y averiguar por todos lados, y de noche iba á enterar á Stephen de sus diligencias, y como estas eran infructuosas, se acusaba á sí mismo amargamente de impotencia.

No hay tal vez en el mundo dos pueblos tan esencialmente distintos uno de otro como los ingleses é irlandeses. Así como los primeros por lo graves y serios son adustos, y por lo reservados frios, y por lo comun tan egoistas, que esta cualidad va unida á su nombre en ambos mundos como frase proverbial, así los otros son accesi-

bles, francos, serviciales y dispuestos siempre á complacer á los demás. Verdad es que á estas apreciables cualidades va siempre unida en el irlandés una loca exageracion, pues ofrece meter su mano en el fuego por un amigo de un dia, y al cuarto de hora de hablarle le ofrece su bolsillo y su corazon. Este puede siempre aceptarse, porque aunque versátil, ligero y olvidadizo, es bueno, mas no así el bolsillo, pues sea dicho sin ofender á ese pueblo, no lo tiene, que si lo tuviera no dudamos que lo franquearia gustoso. El inglés por el contrario lo tiene, pero no lo abre, como no sea para gastar la renta de dos años en una ostentacion de lujo grosera y brutal. Si el *Times* diera lugar en sus eternas columnas á los actos caritativos, los señores ingleses se arruinarían por dar limosnas, y por esto son tan aficionados á las asociaciones de beneficencia, en que las limosnas son ruidosas, y consta y se hace público lo que cada uno da. No habrá seguramente muchos ingleses en el reino de los cielos.

El inglés es un comerciante leal, su pa-

labra vale tanto como su firma, pues nunca la compromete ligeramente, mas no así por desgracia el irlandés; si alguna vez comercia, que es muy rara, burla al mas diestro, porque promete sin cumplir, y deja protestar su firma. Fuera del comercio, el inglés es siempre mercader, y hasta entre los lores hay usureros: el irlandés por el contrario, sabe conservar su dignidad, y se encuentran en él sentimientos generosos, ama, y se sacrifica por los demás, y cuando la gratitud y el reconocimiento penetran en la atmósfera de indiferencia y olvido que rodea su ligero corazón, es apasionado y ardiente. Si la Inglaterra llegára á conseguir el objeto de su ambicion, y dominára al mundo, el universo entero moriria muy pronto de *esplin*. Si la Irlanda llegára á ser pueblo y á figurar en primer término entre las naciones, por todas partes se verian alegres reuniones (*meetings*), Nueva-York brindaria con Berlin, Canton con París, y dia y noche se estaria bailando la polka en toda la superficie del globo.

Bien sabida es la inmensa iniquidad de

la conducta de Inglaterra con respecto á Irlanda, mas llegará dia en que se ajuste esta cuenta, y entonces John Bull, que se está cebando al otro lado del canal de San Jorge con la renta de mil pingües beneficios protestantes, verá disminuirse su riqueza. Mucho trabajo le cuesta ya á Daniel O-Connell impedir que muerdan los largos dientes de la Irlanda, afilados por un ayuno de dos siglos, mas entretanto es digno de notarse el rencoroso odio del inglés protestante contra el irlandés católico. Podria decirse que los primeros presentan ya como próximo el término de su odiosa y usuraria tiranía, porque cuando el verdugo llega á aborrecer, es porque su victima le inspira miedo, y en cuanto al sistemático desprecio con que procede la metrópoli, los sucesos irán demostrando su injusticia.

Donnor de Ardagh era un verdadero irlandés, pero mitigados los defectos peculiares de su nacion por una especie de melancolía que le era habitual. No es esto decir que estuviera absolutamente exento de la olvidadiza versatilidad del carácter

nacional, pues varias veces la habia tenido en su vida, pero ahora la mano de su bienhechor lo habia sacado de una profunda miseria, y dádole de limosna su propia vida; y su gratitud ardientemente escitada, se halló con una desgracia, á cuyo remedio podia contribuir. Dedicóse, pues, á trabajar para ello inmediatamente, sin haber tenido tiempo para entibiarse, y aunque débil trabajó como si hubiera sido fuerte, pues una vez comenzada la obra, la continuó sin descanso, porque cuando el corazon es bueno, mientras mas se sirve mas se desea servir. El afecto y la gratitud se aumentan por sí mismos con el ejercicio, y llegan á ser en el hombre una facultad sublime, que le estimula á amar mas á medida que sacrifica mas. Desde entonces era indudable que Donnor pertenecia á Stephen mucho mas absolutamente que si este hubiera aceptado la fantástica venta que aquel le propuso á la puerta de la casa de Mr. Bishop en la calle de Worship, aunque el poder del pobre irlandés no era por desgracia proporcionado á su celo.

Stephen, con su tranquila energía, y su sangre fría natural, luchaba sin cesar contra el abatimiento que lo agobiaba, y como su madre cayera enferma en cama de resultas del cruel golpe que recibiera con la desaparición de sus sobrinas, su hijo dividía el tiempo que le dejaban libre sus activas pesquisas, entre ella y su amigo Frank Perceval. Este se hallaba ya convaleciente, y el viejo Jack se consolaba con ver cada mañana aumentar su mejoría, diciéndose continuamente á sí mismo: esta vez al menos saldrá fallida la divisa: del gran escudo de Perceval.... á pesar de que es una hermosa divisa: *Mors ferro nostra mors....* pero muy poco agradable cuando se realiza.... ¡Bendito sea Dios, qué hemos podido hacer que la desmienta Su Honor!

Después de la noche que precedió á la fatal noticia del robo, y en que el soliloquio de Stephen celoso habia coincidido de tan extraordinario modo con el sueño de Perceval, no habia tenido el jóven médico cuando hablar á su amigo, pues sus visitas, hacia tres dias, eran cortísimas y solo para

cumplir con su deber de facultativo, á fin de continuar sin intermision sus penosas investigaciones. No habia desistido, sin embargo, de su designio de interrogar á Frank, sino que se le habia por el contrario aumentado el deseo de hacerlo, porque el funesto robo de las dos hermanas lo referia él, aunque vagamente, en su interior, á la materia de sus meditaciones en aquella noche. Mas de una vez en estos tres dias habia pasado por su imaginacion la idea de que el desconocido de la iglesia del Temple habia de tener forzosamente parte en el rapto, pero se la destruia la reflexion de que la conducta de Edward aquella noche, que habia sido como el prólogo de sus desgracias, probaba claramente que no conocia á las dos hermanas. Además que aun dado caso que las conociera, ¿por qué habia de robar á ambas? los ladrones de esta clase se contentan con una presa de cada vez, y nunca les ocurre tener queridas de reserva.

Sin embargo, por mas que Stephen hacia todas estas reflexiones, no lograba nunca convencerse, porque estaba decidi-

do á aborrecer al magnífico desconocido de la iglesia del Temple, y los escoceses son casi tan tercos como los gallegos. Al anochecer del día tercero salió de casa de su madre y se dirigió á la de Perceval, resuelto ya á ver si podría descubrir la conexion que hubiera entre el sueño de este y su propia preocupacion. Esta estraña coincidencia del sueño con la vigilia podia ser únicamente una casualidad, pero... pero entonces todo se podría explicar con la palabra *casualidad*! y todo estaria seguramente mal explicado. Así que Stephen entró en el cuarto de Perceval, le dijo éste:

—Vamos, amigo, ¿qué noticias hay hoy?

—Ninguna, contestó tristemente Stephen.

—Cuánto siento no estar levantado para ayudaros en vuestras pesquisas! ¡Ah! cada vez veo que es mayor el mal que me ha hecho el tal marqués de Rio-Santo!... ¿Creceis que me podré levantar mañana, Stephen?

Stephen lo pulsó con suma atencion, y le dijo en seguida:

— Puede que sí: estais mucho mejor, Frank, y no importa ya que habléis.... tengo varias cosas que preguntaros.

— ¿Preguntarme? contestó Perceval admirado: estoy pronto á contestaros á cuanto queráis.... ¿pero qué podeis tener que decirme que exija tan solemne exordio?

— ¡Dios mio! dijo Stephen procurando sonreirse; mi tristeza altera mis palabras y mis acciones.... nada tiene de particular lo que necesito preguntaros, por el contrario, es sobre una circunstancia fútil, pero ligada con el recuerdo de un suceso terrible, con el asesinato de mi padre, que ha despertado en mí un encuentro reciente. El asunto es el que sigue....

Stephen refirió en pocas palabras sus tristes meditaciones en la noche que lo veló, habló de sus celos, del desconocido de la iglesia del Temple y de su semejanza con el asesino de su padre, y añadió en seguida:

— Una sola cosa le faltaba á esta semejanza, Frank, una cosa que yo no podia acabar de recordar.... y vos soñando me sacasteis de dudas.

—¿Y cómo ha sido eso? preguntó Frank.

—Yo buscaba en mi memoria la seña, ó la cosa que á ese hombre le faltaba para parecerse al asesino.... y vos pronunciasteis su nombre....

—¡Ah! dijo con indiferencia Perceval.

—Vos pronunciasteis en sueños la palabra cicatriz....

—¡La cicatriz!... repitió Frank poniéndose pálido, é incorporándose en la cama.

—Y despues hicisteis la descripcion de ella....

—¡Ah! volvió á decir Perceval, pero no con la indiferencia anterior.... y decidme, ¿nombré acaso al marqués de Rio-Santo?

—No, contestó Stephen admirándose tambien por su parte: ¿sabeis ya lo que quiero decir?

Frank se volvió á mirar el retrato de su hermana miss Harriet, que alumbraban confusamente los últimos rayos de la luz del dia, y dijo en voz baja con dolorosa emocion:

—Sí, Stephen, sí, sé lo que quereis decir.... ¡Pobre hermana mia!.... ¡Ese sueño lo tengo muchas veces.... y es un sueño horroroso!



EVII.

En el camino real.

LA mirada de Frank al retrato de su hermana fue tan dolorosa, y sus últimas palabras dichas con un acento de tristeza tan profunda, que Stephen calló, temiendo haberle despertado, sin querer, algún recuerdo muy sensible, como con efecto fue así, porque la espada de Rio-Santo no le había hecho herida tan cruel como la que le acababa de hacer su pre-

gunta. Frank le dió en seguida la mano, y añadió:

— Sois mi único amigo, Stephen, y mereceis toda mi confianza.... pero hay pesares que es preciso cubrir con un velo... y heridas que no conviene manifestar....

— Frank, le interrumpió Stephen, perdonadme, os lo suplico, y no digais una palabra mas.

— Yo sufro mucho cuando turba este sueño mi sosiego.... siguió diciendo Perceval muy despacio, como sino hubiera oido la interrupcion de su amigo..... ¡Pobre Harriet!... era jóven.... hermosa.... feliz!... Arrimaos aquí, Stephen, porque quiero deciros mas de cerca la causa de la muerte de mi hermana.... pero á vos solo, Mac-Nab.

Detúvose un instante como poseido de sus recuerdos, continuando callado Stephen, y despues prosiguió:

— ¡Es una historia muy estraña, y llena de aventuras que parecen imaginarias!.. pero son, ¡ay de mí! demasiado ciertas por desgracia.... Yo mismo lo dudo algunas veces, pues tanto en lo que se parecen á

los desvaríos de un sueño.... pero todas mis dudas se estrellan contra el mármol de un sepulcro, Mac-Nab....

Habrá como dos años, que habiendo pedido su mano Enrique Dutton, lord Sherborne, á quien ella amaba, quiso ir á pasar el fin del verano en Escocia con nuestra madre, y nos pusimos, en efecto, en camino á fines de Julio. Harriet era excelente muchacha, y los dos nos queríamos mucho, como lo sabeis muy bien, Stephen, pues bien os acordareis de que en otro tiempo os hablaba de que nos amábamos mas de lo que comunmente se aman los hermanos. El viage, fue muy alegre y divertido, solos en una silla de posta muy cómoda, hablando de nuestro porvenir, de Mary Trevor, de lord Sherborne, y se nos pasaba el tiempo de tal modo, que no advertíamos el mal estado de los caminos de los condados del Norte.

Pasamos la frontera con un tiempo magnífico, y al llegar á Annan daban las diez de la noche en el reloj de la antigua iglesia. ¿Vámonos á Lochmaben? me dijo ella; y como yo hacia siempre su gusto,

le contesté, vámonos, y le pediremos á Mr. Mac-Farlane, el tío de Mac-Nab, que nos dé posada esta noche: y cambiamos de caballos, y seguimos el camino con un postillon escocés.

Bien sabeis, Stephen, porque habeis nacido allí, qué admirables situaciones se encuentran en el camino de Annan á Lochmaben; íbamos, pues, Harriet y yo encantados de contemplar á cada minuto aspectos nuevos, ya imponentes y sombríos, ya grandiosos y sublimes, á los que daba fantásticas apariencias el resplandor de la luna, pero adelantábamos poco, porque en aquellos pintorescos sitios son muy raros los buenos caminos. Mi reloj señalaba ya las doce, y todavía distábamos algunas leguas de Lochmaben, pero no teníamos la menor inquietud, antes por el contrario, Harriet se alegraba de la tardanza porque le prolongaba los placeres de aquella noche. ¡Pobre hermana mia! ¡aquella fue la última en que se sonrió!

Acababa yo de guardarme el reloj, cuando tropezó violentamente la silla de posta con una cosa atravesada en el cami-

no, que felizmente pudimos salvar, gracias al brio de los caballos, pero á los veinte pasos caimos en una zanja que lo cortaba todo. Ningun daño nos hicimos ni Harriet ni yo, y el postillon profirió una sarta de juramentos escoceses contra los encargados por el gobierno del cuidado de los caminos, que bajo pretesto de componerlos arman trampas en que caigan los viajeros. En efecto, Stephen, aquella zanja era una verdadera trampa, pero tengo motivos para creer que no la habian abierto los encargados del camino, así como tampoco era obra suya el primer obstáculo con que tropezamos, que era un árbol tendido á lo ancho de la carretera. Tuvimos, pues, que apearnos, hice que Harriet se sentara en un lado sobre el césped, porque se habia asustado mucho, y fui á reconocer la silla: en mi juicio podia todavía seguir, mas el postillon me dijo que era esponer neciamente nuestras vidas, y como no tenia motivo para desconfiar de él, lo creí de buena fe.

Las noches refrescan mucho al otro lado del Solway, y cuando me volví á buscar

á Harriet, la hallé que empezaba á tiritar de frio, y me dijo: ¿dónde pasaremos la noche, Frank? Yo no le podia contestar, y apelé al postillon, que nos dijo: al otro lado de la cuesta está el castillo del laird, Vuestro Honor; pero que el diablo me lleve si Duncan de Leed se incomoda para abrirnos á la hora que es.

—¿Tan cerca estabais de Crewe? le interrumpió Mac-Nab.

—Estaríamos cuando mas á una milla del castillo de vuestro tio, Stephen, y si digo una milla es porque así lo aseguró el postillon, pues en mi entender estábamos todavía mas cerca.

—Continuad, dijo Stephen, que por vuestro relato conoceré yo fácilmente el sitio en que sucedió ese fracaso.... ¿no sé yo por ventura á palmos el terreno que media entre Annan y Crewe?

Perceval siguió diciendo:

Yo le pregunté al postillon sino habia por allí inmediato mas que el castillo del laird, ignorando entonces que fuese Mac-Farlane á quien daba este nombre. Tambien hay la granja de Leed al norte del cas-

tillo, me respondió: pero hasta llegar á Lochmaben no conozco mas que la casa de Randal.

— ¡La casa de Randal Graham! exclamó Stephen.

— ¿Conoceis esa casa, Mac-Nab? preguntó Frank.

— ¡Si la conozco!... ¡Oh, sí, la conozco mucho!... Allí fue asesinado mi padre.

— ¡Y allí fue deshonrada mi hermana! dijo Perceval con voz muy alterada.

Los dos jóvenes tuvieron un momento de doloroso silencio: Frank, sentado en la cama, con las manos cruzadas debajo de la ropa, y pálido su noble semblante, denotaba una austera tristeza: Stephen, triste tambien apoyaba la cabeza en una de sus manos. Perceval al fin exclamó:

— ¡Qué estraña coincidencia! y luego mirando fijamente á su amigo, le preguntó: ¿os atreveriais á responder de vuestro tio Mac-Farlane?

— No os entiendo.... contestó el joven médico admirado.

— Veo que teneis confianza en él, repuso Frank; está bien.... pero no me pi-

dais razon de la pregunta que os acabo de hacer hasta que haya concluido de hablar.... creo que esta conversacion nos ha de dar á entrambos alguna luz, porque el asesino de vuestro padre es sin duda el verdugo de mi hermana.

—Creo lo mismo, repuso Stephen.

La casa de Randal Graham, siguió diciendo Perceval, está separada de la carretera, como sabeis, por un espeso bosque de encinas, y situada entre dos montecillos en los confines de las ruinas de la Abadía de Santa María de Crewe.... Mas ignoro la posicion del castillo de vuestro tio con respecto á esta casa y las ruinas, porque jamás he vuelto á pisar aquellos funestos sitios....

—El castillo de mi tio, dijo Stephen, no es mas que el cuerpo principal del antiguo convento de Santa María, y está mas allá de las ruinas, y como á media milla de la casa de Randal.

—¡Ah! repuso Perceval arrugando la frente; el escocés me engañó.... Y decidme, Stephen, ¿sabeis acaso?... Pero salisteis muy jóven del condado de Dumfries.

— Conozco las ruinas como este cuarto, Frank, y no se me ha olvidado nada.

— Pues entonces tal vez me podreis decir una cosa.... ¿No oisteis nunca hablar de subterráneos.... de comunicaciones entre la casa de Randal y el castillo de Crewe atravesando las ruinas?

— Nunca, contestó Stephen.

— ¿Pues á dónde irán á parar? murmuró Frank como hablando consigo mismo, y luego añadió en alta voz: ¿Hay acaso en aquellas inmediaciones otro castillo mas que el de Crewe?

— No hay ninguno en mas de dos leguas de circunferencia.... ¿Pero quién os ha dicho que hay esos subterráneos?

— Yo que los he atravesado todos, replicó Frank; son larguísimos, y es muy fácil perderse en sus infinitas revueltas.... Pero ya hablaremos de esto, Stephen; oídme ahora.

Ya era mas de media noche cuando llegamos á la casa de Randal adonde nos dirigimos, mi hermana llena de miedo por aquellos agrestes sitios oscuros, además porque no les daba la luz de la luna, y yo

mismo lleno tambien de inquietud. El postillon llamó, y al instante oimos encender lumbre dentro, y una voz que preguntó, ¿quién está ahí? á que respondió aquel servidor vuestro, Mr. Smith: es un jóven lord, y una lady, que se les ha roto el coche en la zanja de Ross.... ¡que el diablo se lleve á los que el rey paga para cuidar de los caminos de Escocia!... se ha hecho mil pedazos, Mr. Smith. ¿Y quién eres tú? preguntó la misma voz. ¡Oh! contestó, yo soy Saunie el postillon, Saunie de Annan, Saunie el gritador, Mr. Smith. Entonces se abrió la puerta, y nos recibió Mr. Smith saludándonos con gran ceremonia, y con la cara casi tapada con una gran visera verde, teniendo lugar el siguiente diálogo:

— Os damos, señor, las mas espresivas gracias, le dije yo, pues á no ser por vuestra hospitalidad....

— Buen jóven, me interrumpió con gazmoñería, ¿creo que ni vos ni esta señorita tendreis que ver nada con Roma?

— No somos católicos, le dije.

— Dios sea loado, buen jóven.... y me

persuado igualmente que esta señorita os pertenece cristianamente, y es la carne de vuestra carne.

— Es mi hermana, le respondí.

Entonces examinando minuciosamente á Harriet, dijo: — ¡Ah! y llamó en voz alta: — ¡Maudlin!

— ¿Qué hay? contestó una voz de vieja.

— Haced que preparen dos cuartos separados, dijo.

— Tengo que advertiros, repliqué, que mi hermana está débil y enferma, y desearía no separarme de ella.

— ¡Por Dios, buen jóven, por Dios!.. La noche es la hora de las tentaciones del demonio.... La noche....

— ¡Qué, señor! exclamé con indignacion y disgusto; os atreveriais á suponer...

— El corazon del hombre, buen jóven, siguió diciendo con acento gangoso, es un sepulcro blanqueado.... La carne es débil.... y si no quereis conformaros con las costumbres de mi casa, podeis iros á dormir al raso.

Dicho esto nos saludó con seriedad y se fue.

FIN DEL TOMO SÉPTIMO.